

S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

REJAS DE ARENA

ALAN STAR



REJAS DE ARENA



REJAS DE ARENA

por

ALAN STAR



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1960

Depósito legal: B. 11746 – 1960

Número de Registro: 5037 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PRÓLOGO

La familia Morgan escogió aquel día una ruta un poco extraña para pasar su fin de semana. Pero Harry Morgan era un hombre que odiaba las aglomeraciones desde pequeño y prefería pasar con los suyos una jornada tranquila, en un lugar apartado, lejos del tumulto de los que, con sus coches, iban a pasar sábado y domingo en los bosques recién importados de la Tierra, al Este de Joyce City, la flamante capital de Marte.

Cuando, muy de mañana, Harry anunció a los suyos que había elegido el Sur de la ciudad, la región montañosa que terminaba donde daba comienzo el llamado Desierto Rojo, los únicos que vitorearon fueron los dos pequeños, que ya se veían jugando en aquella región, donde las más extraordinarias aventuras les esperaban.

En cuanto a Martha, la hija mayor, frunció el ceño, ya que ella hubiese preferido ir a un lugar donde hubiera podido estar junto a jóvenes de su edad, que siempre organizaban un baile o alguna diversión parecida.

Marta Morgan era una joven de veinte años, alta, morena, lindísima. Su madre estaba orgullosa de ella y su padre no experimentaba menos gozo al verla a su lado. Para él, aquella muchacha era como la imagen del recuerdo de Gloria, su esposa, muerta cinco años antes, tan distinta a Anne, su esposa actual, con la que había contraído matrimonio hacía solamente un año.

Harry, los pequeños Tom y Sam, gemelos de doce años, Martha y Anne constituían la familia Morgan: una familia cualquiera, ni más ni menos interesante que otra, con sus pequeños problemas durante cinco días a la semana, y con la alegría de los otros dos días, en los que, libres de deberes, podían hacer lo que les pluguiese.

Cuando Harry anunció su decisión y los gritos de alegría, de los gemelos hubieron terminado. Martha se acercó a su padre, sonriente, melosa, como sabía hacerlo.

— ¡Pero, papá!...

— ¿Qué hay?

— ¿Por qué no vamos a los bosques?

—No, hijita. Ya fuimos la semana pasada y sabes qué mal rato pasamos. ¡Si tuvimos que vernos y desearnos para encontrar un sitio para acampar! Compréndelo, pequeña... Durante toda la semana trabajo en esos almacenes del demonio, aguantando la presencia de

gente y más gente. Y una vez por semana, cuando tengo una única ocasión de huir del gentío, ¿quieres que lo busque? ¡Me ahogo en ese bosque, Martha!

— ¡Papá tiene razón!—gritaron al unísono los dos chicos.

— ¡Vosotros, cerrad el pico! —ordenó el padre.

Y poniendo la mano sobre el hombro de Martha, continuó:

—Dime la verdad, hija mía. ¿Tienes alguna cita en el bosque?

Ella enrojeció; pero, dominándose, dijo:

—Voy a decirte la verdad, papá: un grupo de mis amigos y amigas han organizado una fiesta en el bosque. Parte de ellos salieron muy de mañana para buscar un sitio tranquilo. Si tú quisieras...

Harry sonrió.

—No, Martha; de veras, no estoy dispuesto a amargarme estos dos días. Pero tampoco quiero aguarle la fiesta a ti. Vamos a ver, ¿te llevarían tus amigos a esa fiesta?

— ¡Naturalmente, papá!

—Bien. Di a Anne que te separe tu comida. Puedes ir con ellos.

Ella se arrojó al cuello de su padre.

— ¡Gracias! ¡Eres un sol, papá!

Y corrió hacia la cocina, veloz como un rayo.

Los dos gemelos, entre tanto, preparaban sus “armas” para la lucha que pensaban tener con los habitantes monstruosos de un planeta que estaban dispuestos a descubrir.

Cascos espaciales, pistolas desintegradoras, aparatos de transmisión espacial, cinturones antigravitatorios... Todo lo que la juguetería ponía a disposición de la imaginación de los peques.

Martha abandonó el hogar paterno poco después. Y la familia, una vez preparado todo, salió también de la casa, subiendo al coche, en cuyo remolque se amontonaban ya centenares de cosas; todo lo necesario para pasar aquellos días lejos de la ciudad.

Harry iba silbando una vieja canción, contento al ver que los edificios se iban haciendo menos abundantes y que la naturaleza ganaba terreno a medida que la ciudad terminaba.

¡Aquello sí que valía la pena!

De no haber sido por su primera esposa, cuya salud siempre dejó que desear, Harry no hubiese aceptado jamás aquel puesto en los Almacenes, atado a la muchedumbre, en medio del ensordecedor tumulto del gentío, agravado por los altavoces y los aparatos tocadiscos, que creaban un escándalo insoportable.

Ahora ya era demasiado tarde para solicitar un puesto en alguna

región alejada de Joyce City: Martha era una mujer y los gemelos necesitaban ir a la escuela.

¡Así es la vida!

Durante cerca de tres horas, sin interrupción, Harry condujo su coche a una buena velocidad, aprovechándose de la autopista que se estaba construyendo en aquella zona. Luego, cuando las rocas empezaron a aparecer, cortando el camino, desplegó el mecanismo “helireactor”, lanzando su vehículo al aire y buscando, desde arriba, un lugar propicio para acampar.

Entre las rocas casi enteramente cubiertas de musgo, constituyendo una faja de vegetación inferior que los astrónomos antiguos habían tomado por “canales”, se veían llanuras de tamaño variable, casi todas ellas atravesadas por riachuelos de agua cantarina.

Harry escogió uno de aquellos lugares, casi en el comienzo del Desierto Rojo. Posó su aparato en el lugar que había atraído su atención y, ayudado por los gemelos, empezó a montar una hermosa tienda de campaña, mientras Anne sacaba las cosas de comer del remolque.

Se veía claramente que Tom y Sam estaban impacientes y que deseaban escapar en cuanto fuese posible. Pero tenían que ayudar a su padre a montar la tienda y no tuvieron más remedio que reprimir la prisa que se leía en sus gestos.

Luego, al acabar, Tom preguntó;

— ¿Podemos ir a jugar, papá?

Harry preguntó:

—Un momento, caballeros. Hay que preguntar a mamá si necesita algo.

Y volviéndose hacia Anne inquirió:

— ¿Necesitas a los chicos para algo?

Ella movió la cabeza, de un lado para otro.

Después, con aquella voz desagradable, gritó:

— ¡No! ¡Que se larguen!

—Ya habéis oído, muchachos; pero, antes de que os alejéis, quiero haceros una observación: no os permito que lleguéis hasta el desierto, ¿entendido?

—Bueno, papá.

—No olvidéis que aunque no hay muchos peligros por aquí, se encuentra, en el desierto, un lugar horrible: la Penitenciaría de los condenados a perpetuidad.

Los ojos de los muchachos brillaron de interés.

Y Sam preguntó:

— ¿Presos, papá?

—Sí, hijo. Llevan allí a los peores, a los que han escapado de la pena de muerte, pero que han de purgar su delito muriendo en ese lugar horrible.

— ¿Lo has visitado alguna vez, papá?

— ¿Qué tonterías estás diciendo, Sam? He oído hablar de esa Prisión; eso es todo.

—Debe de ser espantoso, ¿verdad?

—Desde luego. Me han contado que los guardianes se hacen ayudar por perros “Ormok”.

— ¿Iguales a los que hay en el museo de Joyce City?

—Sí.

— ¡Yo también los he visto!—exclamó Sam—. ¡Tienen dos cabezas]

—Eso es, hijo: son bicéfalos. Ya sabéis que cuando el hombre llegó a Marte no encontró más que algunas especies de animales. Los “ormok”, desde luego, eran los más horribles.

— ¿Y cómo obedecen a los guardianes? He oído decir que eran muy feroces.

—Eso no lo sé, pequeños. Como vosotros, he oído decir que los “ormok” no obedecen a nadie y que nadie ha conseguido domesticarlos.

— ¿Entonces?...

—No lo comprendo. Quizá se haya encontrado algún sistema para que no ataquen a los guardianes, cuando estos los sueltan para perseguir a los locos que intentan escapar.

— ¿Por qué los llamas locos?

—Porque lo son. La Prisión fue construida en una zona rodeada por arenas movedizas, que se tragan al que intenta atravesarla. Y eso sin contar los perros.

Anne se había acercado.

— ¿Es que no has terminado de contar estupideces a los niños, Harry? ¡Siempre ocurre igual! Cada vez que salimos al campo tengo que ser yo quien cargue con todo el trabajo. ¡Deja que esos dos granujas vayan a jugar donde quieran y ven a echarme una mano!

—Id, hijos. Y tened cuidado.

Los dos gemelos se alejaron, vestidos de hombres del espacio, corriendo con el deseo de encontrarse, lo antes posible, lejos, de la presencia de la familia.

Corrieron durante unos minutos; luego, al detenerse, rodeados por un mundo de piedra y musgo, Sam dijo;

— ¿Has oído lo que ha contado papá?

—Sí.

—Debe de ser emocionante estar encerrado allí, pensando escapar.

— ¡Nadie puede hacerlo!

Sam sonrió.

— ¡No seas tonto, Tom! Si los presos tuvieran armas como las nuestras y un equipo espacial, podrían irse cuando quisieran.

— ¿Y los “ormok”?

— ¡Bah! ¿Qué importa que un perro tenga dos cabezas? Disparas dos veces... y ya está.

—Prefiero no estar allí.

Sam se encogió de hombros.

— ¡Vamos a jugar a los presos! Yo soy uno de ellos, me he apoderado de este equipo espacial y he conseguido salir de la cárcel. Tú eres el guardián y me persigues, acompañado por unos cuantos perros bicéfalos. ¿De acuerdo?

—Bueno.

Sam dijo:

—Espera aquí y cuenta hasta veinte.

—Sí.

Sam salió corriendo y Tom empezó a contar. Luego, al terminar, siguió a su hermano, emitiendo, de vez en cuando, ladridos, imitando a, los “ormoks”.

Entre tanto, Sam, moviéndose con rapidez, saltaba sobre las rocas, avanzando como si la persecución fuera real. Iba aprisa y sonrió al ver, de repente, después de saltar sobre unas peñas, la infinita extensión del desierto.

Las arenas eran rojas, de un intenso color vermellón, lo que justificaba plenamente el nombre que había sido dado al desierto. Deteniéndose en el borde, el niño miró hacia el lejano horizonte, sin ver más que la línea donde el cielo y la arena se unían, bajo el reflejo lejano del sol.

No se veía la prisión, naturalmente, que debía estar muy lejos, más allá del horizonte visible; pero el niño la buscó, imaginándosela de mil maneras distintas.

Bajó de las rocas, pisando con cuidado la arena rojiza, pensando en lo que su padre le había dicho de aquellas tierras movedizas que

rodeaban la Penitenciaría. Andaba como si fuera a hundirse de un momento a otro, de lleno en el papel que se había impuesto en el juego con su hermano.

Fue entonces cuando oyó los ladridos de Tom.

Sonrió.

No debía tener miedo a los perros bicéfalos, ya que llevaba un flamante rifle desintegrador con el que acabaría con la jauría que el guardián había lanzado tras él.

Pero, de todos modos, lo mejor era esconderse, para sorprender al que le perseguía y matarlo sin remisión, así como a los “ormoks”.

Buscó un sitio, entre dos rocas, diciéndose que aquél era el lugar adecuado para que Tom no le viese.

Su hermano seguía ladrando, cada vez más cerca. Y Sam preparó su rifle desintegrador, seguro de su triunfo.

Casi saltó de terror cuando oyó aquella voz que pareció surgir bajo él:

— ¡Los perros! ¡Los perros! ¡Estoy perdido!

Se estremeció.

Logró dominarse un poco después, a medida que la voz le fue pareciendo natural, y se inclinó hasta descubrir, en la anfractuosidad en cuya parte superior se había escondido, a un hombre que yacía boca arriba...

¡Un hombre!

No era más que un poco de piel que recubría apenas los huesos de su cuerpo. Su rostro estaba blanco y cubierto por una barba sucia de color pajizo. Tenía los ojos abiertos, pero fijos y brillantes, como si no fuese capaz de ver nada.

Inclinándose un poco más, de forma a verlo por entero, Sam pudo contemplar una mancha negra que cubría, casi por completo, la pierna derecha de aquel desgraciado.

Tom se acercaba, ladrando siempre.

Y el hombre, con los labios hinchados y negruzcos:

— ¡Los perros! ¡Los perros!—repetía, sin cesar.

Sam se incorporó sin hacer ruido, siendo visto, en aquel momento, por su hermano, que echándose el rifle desintegrador a la cara, exclamó:

— ¡Para! ¡Pam! ¡Pam! ¡Te he matado, Sam! ¡Ya te decía que no podías escapar! ¡A él, “ormoks”! ¡Devoradle vivo!

El hombre se estremeció.

— ¡No, no! ¡Por piedad! ¡Los perros no!

Sam se llevó el índice a los labios.

Luego, haciendo una seña a Tom, hizo que éste se acercara, mostrándole al hombre.

— ¿Quién es?

—Calla. Creo que lo mejor sería que fueses a llamar a papá.

—Bueno.

Se alejó Tom, volviendo, unos minutos más tarde acompañado por Harry que, con el entrecejo fruncido, daba la mano a su hijo.

Morgan contempló unos instantes, desde lo alto de la fisura, el cuerpo del hombre; después, decidiéndose, bajó hasta donde yacía aquel desdichado.

Una sola mirada le bastó para darse cuenta de que ya no podía hacer nada por él.

Había muerto.

La pierna derecha no era más que un pingajo que colgaba de la articulación. Y la piel llevaba, en el muslo, las huellas de los colmillos de los perros bicéfalos.

Poco después, Harry se fijaba en que la mano derecha del hombre estaba fuertemente cerrada. Y, con un gran esfuerzo, logró separar los dedos, contraídos por la muerte, viendo aparecer en la palma una cosa roja que brillaba intensamente, lanzando mil reflejos a la luz de la mañana.

— ¡Un rubí!—exclamó.

Con la gema en la mano, volvió a subir junto a los niños.

— ¿Qué es eso, papá? — inquirió Sam.

—Una piedra preciosa.

— ¿Y el hombre?

—Está muerto, hijos míos. Desdichadamente, no podemos hacer nada por él.

— ¡Pobre hombre!

Pero Sam, mirando fijamente a su padre, dijo:

— ¿Era un preso, verdad?

— Seguramente. Todavía no me explico cómo pudo llegar hasta aquí. Ha debido ser horrible,

Y después de una pausa, indicó:

—Regresemos al coche, pequeños. Tengo que llamar a la policía de Joyce City para comunicarles todo esto.

Sam preguntó:

— ¿Y vas a entregarles el rubí?

— ¡Naturalmente, Sam! ¿No irás a sugerirme que me quede con él, verdad?

—No, papá. ¿Me lo dejas ver?

Harry entregó la piedra a su hijo y Tom se acercó a su hermano para poder verla.

— ¡Es enorme!—exclamó Sam—. ¡Tan grande como una nuez!

—Sí.

—Debo valer una fortuna, ¿no es así, papá?

—Sí, Tom. Ese hombre debió robarla, pensando que, una vez en la ciudad, su venta podría proporcionarle dinero para seguir huyendo ¡Vamos, hijos!

Tuvieron que explicar a Anne lo que había ocurrido y su esposo le mostró la gema.

Ella le miró, intensamente:

— ¿Vas a entregarla?

—Desde luego.

—Podríamos quedarnos con ella e irnos de aquí, pasando el resto de la jornada en el bosque, como si nunca hubiésemos estado aquí.

La miró, con asombro.

— ¿Te has vuelto loca?

— ¿Por qué?

—Si guardamos la joya, jamás tendremos la conciencia tranquila...

— ¡Bah!

—Además, ¿qué vas a hacer con ella?

— ¡Venderla! Debe de valer muchísimo.

— Claro que vale mucho, pero piensa un poco, mujer: nadie nos la compraría y si lo hiciesen avisarían a la policía, ya que no creo que haya muchas como ésta.

Meneó la cabeza de un lado para otro.

—No. Voy a avisar, por radio, a la policía: prefiero evitarme disgustos.

Ella le miró, con desprecio.

— ¡Nunca saldremos de la estrechez en que vivimos! Una vez que se te presenta una posibilidad de ser rico, la dejas pasar tontamente.

—No me interesa ser rico de esta manera — repuso él.

Y se alejó, dirigiéndose hacia el coche.

Momentos después, llamaba a la Policía de la ciudad,

comunicándole su hallazgo, así como el lugar donde se encontraba.

—Bien — le dijo el hombre con quien comunicó —. Tengan la amabilidad de no moverse de ahí. Llegaremos en seguida.

—De acuerdo.

—Y hagan el favor de no tocar nada.

—No tema.

Los dos gemelos miraban a su padre cuando éste salió del coche.

— ¿Va a venir la policía, papá? — inquirió Sam.

—Sí, hijo. Vendrá dentro de poco. Y lo mejor es que vayamos preparando las cosas para pasar nuestro fin de semana en otro sitio. Está visto que es verdaderamente difícil conseguir un poco de tranquilidad.

REJAS DE

ARENA



CAPÍTULO PRIMERO



ETER no estaba nervioso. La seguridad de su estado no residía solamente en su aspecto; los aparatos que rodeaban su brazo y que el doctor Sullivan controlaba no podían mentir a aquel respecto.

Pat Sullivan, jefe de los Servicios Médicos de la Spacial International Police era un hombre alto, casi completamente calvo, con una mirada aguda y un rostro a la vez enérgico y bondadoso. Para los muchachos de la SIP, el doctor representaba uno de los más grandes misterios del Servicio, ya que aquel hombre era capaz de proporcionar a los agentes posibilidades incalculables e insospechadas para vencer en muchas misiones que, sin su positiva ayuda, hubieran terminado en el más rotundo de los fracasos.

Trabajando íntimamente unido a Callowan, el jefe de la SIP, el doctor Sullivan era su hombre de confianza. Y cuando Donald se encontraba en un aprieto, cuando no sabía qué hacer ante una situación en la que necesitaba "ciertas cosas", llamaba a Pat con la casi absoluta seguridad de que el galeno solucionaría el problema.

En eso estaba pensando Peter Parkin, además de en otras cosas, preguntándose qué motivos habían inducido al jefe del Servicio a ponerle en manos del médico durante aquellas tres semanas en las que había estado sometido a complejas y raras pruebas.

Peter no había preguntado nada, dejando que el doctor ordenase y procurando alcanzar todo lo que el otro le ordenaba. Ahora, cuando parecía que todo había terminado, estaba impaciente por conocer el motivo de aquel entrenamiento especial al que había sido sometido.

Pat le quitó los aparatos del brazo, dándole después un amistoso golpe en la espalda.

— ¡Bien, muchacho! Ha llegado la hora de dejarte tranquilo.

Y como Peter se limitase a sonreír, inquirió:

—Lo has pasado mal, ¿verdad?

—No, señor.— repuso el otro—. Un poco pesado al principio, pero me he ido acostumbrando en seguida.

—Ya lo he visto. Sabía que estabas preparado para esta clase de pruebas, por eso fuiste el elegido. Porque hay personas que no se prestan, por naturaleza, a excitar sus sentidos casi hasta la acuidad, fatigándose en cuanto se repite una cierta excitación unas pocas veces.

— ¿Y yo no soy así?

—Indudablemente, no. Necesitaba llegar a conseguir que tus sentidos respondiesen a las necesidades que puedan presentársete. Sobre todo la vista, para la percepción de objetos de distinta naturaleza, y el oído, para la captación de sonidos apenas audibles. Y estoy francamente satisfecho de lo que has logrado.

—Yo también me alegro, doctor.

—Bien. Ahora puedes ir a descansar. No creo que Callowan tarde mucho en llamarte. Y como es muy posible que no nos veamos por ahora — había extendido la mano que el joven agente estrechó con fuerza—, permíteme que te desee mucha suerte, Peter.

—Gracias, doctor.

Momentos después, abandonaba Parkin el Departamento Médico de la SIP, saliendo al hermoso jardín interior, rodeado por los edificios anexos al servicio, con el principal al fondo, donde Donald Callowan tenía su residencia oficial.

Peter encendió un cigarrillo.

Una tranquilidad completa le rodeaba. El jardín, donde había sólo algunos alumnos, seguramente esperando las clases (la escuela, empezaba al fondo y Peter veía la puerta que tantas y tantas veces había atravesado, antes de convertirse en un agente hecho y derecho), que fumaban y charlaban, sentados en los bancos, animados por aquel gozo que los profesores les proporcionaban.

Los recuerdos de su estancia en la Escuela invadieron durante unos instantes la mente del joven, llenándole el corazón de emociones, pero, preocupado por las pruebas que acababa de pasar, volvió a preguntarse qué clase de misión era la que Donald iba a encomendarle.

Aquella no sería su primera salida como agente activo, pero, hasta entonces, su trabajo se había limitado a algunas investigaciones de relativa importancia. Pero cuando, en los ratos de ocio, repasaba en los archivos las misiones que habían hecho célebres a muchos agentes, no podía contener una sensación de sana envidia, deseando que la ocasión se presentase para emular a aquellos cuyos nombres figuraban en el cuadro de honor del Servicio de la SIP.

“Quizá se me presente pronto la ocasión...”, pensó, mientras se dirigía a la cantina.

Pidió, una vez allí, un jugo de frutas. Y fue justamente cuando lo degustaba que el altavoz de la cantina, como todos los de los lugares de la Residencia, dejó oír su voz neutra:

—Se ruega al agente Peter-Parkin que se presente, lo antes

posible, en el despacho del Centro...

Callowan le llamaba.

Una nueva emoción se apoderó de él y tuvo que contenerse para, una vez fuera de la cantina, no echar a correr hacia el edificio central. Penetró en él, haciendo que uno de los ascensores le llevase a la planta donde estaba situado el despacho del jefe.

—Pasa — dijo una voz, desde el interior, cuando Parkin golpeó, con suavidad, la puerta.

Donald estaba detrás de su mesa.

Peter penetró en la estancia, cerrando la puerta tras sí. Luego, avanzando hacia el despacho, preguntó:

— ¿Me llamaba usted, señor?

— Sí. Siéntate, muchacho.

Y cuando lo hubo hecho el jefe de la Spacial International Police, invitó:

— ¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias.

Transcurrieron unos instantes en, silencio. Peter había encendido su pitillo y Callowan sacó uno de sus famosos habanos, que encendió parsimoniosamente, no pudiendo evitar una sonrisa cuando hubo echado por la boca la primera y densa bocanada de humo azul.

—Es el último que voy a fumar por ahora, Peter. A menos que me resuelvas el asunto en seguida.

También Parkin sonrió.

Era famosa y divertida aquella costumbre de Callowan de dejar de fumar sus habanos en cuanto una misión quedaba pendiente de resolver. Para la mayor parte de la gente, aquella costumbre podría parecer ridícula o insustancial, pero para el propio Donald constituía una especie de autoeducación, una gimnasia de la voluntad; algo, en fin, que le tenía pendiente de los asuntos hasta que éstos quedaban resueltos.

Peter esperó pacientemente a que su jefe rompiese el silencio que se había hecho, cosa que ocurrió momentos más tarde;

—La historia — empezó diciendo Donald — comenzó hace Seis meses, de una manera bastante rara. La policía de Joyce City, en Marte, recibió, la mañana de un sábado, un aviso por radio de un tal Harry Morgan que estaba iniciando su fin de semana en una zona vecina al desierto rojo de Marte.

"Morgan era un empleado modelo de los Almacenes Suther, al que gustaba gozar de tranquilidad en cuanto su semana de trabajo

normal terminaba. Por eso prefería alejarse de los centros de diversión colectivos y llevaba a su familia a rincones apartados, donde montaban su tienda y pasaban los dos días de asueto lejos del ruido de las muchedumbres.

"Pues bien: Morgan radió un mensaje, rogando a la policía de la ciudad que se presentase en el lugar que había elegido, ya que acababa de descubrir un hombre, moribundo, en el borde del desierto: un hombre que llevaba en la mano una piedra preciosa de grandioso tamaño: un rubí.

"La policía se puso Inmediatamente en marcha, enviando uno de sus vehículos. aéreos. Pero cuando llegaron al lugar señalado no encontraron absolutamente nada: ni familia Morgan, ni, naturalmente, el cadáver del hombre que los hijos de Harry habían encontrado mientras jugaban por entre las rocas que bordean. El desierto.

Peter preguntó:

— ¿No se les ha vuelto a encontrar?

—No. La policía realizó una investigación a fondo, encontrando sólo las huellas del vehículo de los Morgan que, indudablemente, habían estado allí. Luego pudieron saber que la hija de Harry, llamada Martha, había sido autorizada por su padre a pasar el día en uno de los bosques donde la gente se reúne habitualmente.

— ¿Ella no sabía nada?

—En absoluto, la policía creyó que la familia Morgan, asustada al principio por el encuentro del cadáver, avisó, como lo hizo, pero que luego, ganados por la ambición, pensaron que lo mejor era escapar con la joya.

— ¡Eso es absurdo!

—Desde luego.

— ¿Entonces?

—Verás: preocupado por este asunto, envié a uno de nuestros muchachos, casi una semana después de los sucesos que te he narrado, a la prisión que hay en el desierto.

— ¿Por qué?

—Porque sigo estando seguro de que el hombre al que los Morgan hallaron era un fugitivo, uno de los pocos que consiguió salir de la zona peligrosísima que rodea la penitenciaría.

— ¿Consiguió algo el agente?

—No lo sé: no he vuelto a tener noticias suyas.

— ¿Cómo entró en la prisión?

—Como vas a hacerlo tú. Le convertimos en un joven asesino que

había cometido algunos delitos y que consiguió escapar de la pena de muerte por ciertos atenuantes. Cambió de nombre y un poco de aspecto. Pero no sé si ha conseguido algo. Sus instrucciones eran las de avisarme cuando se enterase de alguna cosa.

— ¿Cómo debía hacerlo?

— De cualquier modo; pero, preferentemente, escapándose,

— Pero ¿por qué no se ha reclamado oficialmente al director de la penitenciaría?

— No es posible. El hallazgo del rubí nos hizo sospechar en seguida que debía haberse descubierto una mina en aquella zona. La tentación es una cosa muy peligrosa, muchacho. Y Doher, el director de la prisión, es tan sensible a ella como cualquier humano.

— ¿Cree entonces que el director se ha apropiado de la mina de rubíes?

— Estoy seguro. Hace tiempo que el mercado internacional recibe joyas de ese tipo, poniendo en peligro la estabilización de los precios, aunque eso no nos importa a nosotros. Lo interesante es saber que hay una ley que dice que han de declararse todos los yacimientos encontrados en las zonas que pertenecen al Consejo Mundial. Y la penitenciaría del Desierto Rojo está enclavada en una de ellas.

”El deber de Daniel Doher, como director del establecimiento, era de declarar el hallazgo. Por eso, sospechando sus manejos, envié al agente, que con el nombre del Harold Silver fue conducido allí como un preso más.

— ¿Y el muerto que encontraron los Morgan?

— No sabemos nada de él. Cuando la policía marciana llegó al lugar desde donde Harry Morgan les había llamado, todo había desaparecido.

— ¿Cree usted que fueron los de la prisión los que se apoderaron de ellos?

— Lo sospecho, muchacho. Debieron interceptar el mensaje radiado por Morgan y actuaron rápidamente, adelantándose a la policía que, cuando llegó, no halló absolutamente nada.

— ¡Pero eso es muy grave, señor Callowan! Se trata de un rapto de una familia entera.

— Casi. Puesto que la muchacha estaba, afortunadamente, en otra parte.

— ¿Qué ha hecho esa chica?

— Desesperarse. Ha ido a la policía y espera ahora que se termine por encontrar a los suyos.

— Y en cuanto a Harold, ¿tenía que escaparse, para comunicarse

con usted? ¿Era necesario obrar de ese modo?

—Desde luego, Peter. No pudiendo obrar por vía oficial, ya que despertaríamos las sospechas de los culpables, Harold debía escapar de la prisión, si es que había encontrado las pruebas de lo que andábamos buscando.

—He oído decir que es muy difícil salir de allí.

Callowan se mordió los labios.

Luego dijo:

—Lo sé. Visité el penal hace unos años. Y no me explico cómo cometí la torpeza de dejar que Harold se fuese sin prepararle previamente. La verdad es que deseaba esclarecer el asunto cuanto antes y, con franqueza, no me detuve mucho tiempo en los detalles...

Hizo una pausa y después prosiguió:

—De todos modos, le dije a Harold que no intentase nada si no estaba seguro de conseguir sus propósitos.

—Eso puede significar que no haya intentado escapar al ver que era casi imposible.

— En efecto. Y eso es lo que ha hecho que pasases estás últimas semanas trabajando con el doctor Sullivan.

—Comprendo.

—Tu misión, por lo tanto, es doble, Parkin: primero has de descubrir qué ha sido de Harold...

— ¿Cómo lo reconoceré?

—No lo sé. Él me dijo que iba a realizar algunas transformaciones en su rostro. Además la vida en el penal le habrá cambiado, ya que aquello no es un hotel, compréndelo.

—Sí, señor.

— Segundo: tienes que investigar lo de los rubíes y saber dónde están y cómo se realiza el tráfico hacia la Tierra, aunque esto último puede resolverse después.

— ¿He de ir como prisionero?

—Sí, aunque no importa que no cambies tu nombre. Te hemos fabricado unos antecedentes lo suficientemente importantes para que nadie sospeche de ti, pero, de todos modos, has de tener cuidado.

Peter preguntó:

— ¿Creé que sospechan de todos los que llegan?

—Desde luego. Ellos saben que Morgan llamó a la policía y que ésta, al no poder resolver nada, ha debido de avisarnos a nosotros; Y ¿qué cosa podríamos hacer sino enviar un agente camuflado?

—Así es.

—Por eso, Peter, los culpables deben estar en guardia, y se preocuparán de convencerse de qué los nuevos detenidos son, en realidad, delincuentes y no agentes nuestros. Debes prepararte a todo.

—Lo estoy.

—Respecto a la salida del penal, creo, por lo que me ha dicho hace poco el doctor Sullivan, que está satisfecho de lo que ha obtenido contigo. De todos modos, no vayas a creer que salir de allí es cosa fácil.

—Me lo imagino.

Callowan aspiró otra bocanada de su habano.

Luego dijo:

—Irás a Marte en las próximas doce horas, en un astrocohetes que te dejará en poder de la policía de Joyce City, la que te llevará, como hacen de costumbre, hasta la penitenciaría, donde estarás ya a merced de esa gente.

Y como Peter no dijese nada, añadió:

—Recuerda, muchacho, que no podremos ayudarte cuando estés allí y que tendrás que arreglártelas como puedas.

—Sí.

—Sé prudente y, sobre todo, haz lo imposible porque no puedan sospechar tu verdadera identidad.

—Así lo haré.

Donald dijo:

—Tampoco quiero que olvides que vas a pasar unos malos ratos: los guardianes fueron elegidos por el propio director y son verdaderas bestias. Eso puede explicar, en determinado momento, muchas cosas oscuras, que hasta ahora podían parecernos normales.

—No entiendo.

Callowan sonrió.

—Verás: la Administración puede parecer celosa de cumplir con las instrucciones recibidas de la superioridad. Y en el caso concreto del penal del Desierto Rojo todo parece lógico: la brutalidad de los guardianes, la severidad y la disciplina. No hay que olvidar que la población de la prisión está exclusivamente formada por hombres peligrosos, criminales y asesinos sin conciencia.

"Pero, a veces, hay cosas que aunque parecen lógicas no lo son. Y eso es, precisamente, lo que tú tienes que descubrir. Porque, sin saber por qué sospecho que no sólo son los guardianes los que participan en el colosal negocio de los rubíes. Y si es así, estaremos asistiendo a la

formación de una banda peligrosísima que, de no ser deshecha, podría acarrearlos serios disgustos.

Se puso en pie, tendiendo la mano al joven.

—Ve a descansar ahora. Dentro de poco serás conducido a la prisión preventiva de Nueva York y allí empezará tu aventura. De verdad, amigo, que te deseo suerte.

—Gracias, señor.

CAPÍTULO II



ETER descendió solo; es decir, conducido por un inspector de la SIP, perteneciente al grupo móvil, llamado corrientemente Space Patrol: Patrulla Espacial.

El inspector no conocía, naturalmente, la verdadera personalidad del detenido, pero no por eso le trató inhumanamente, ya que su misión, que terminaba ahora, consistía en hacer entrega del preso a la policía local de Marte.

Parkin no permaneció en Joyce City más de una hora: un vehículo aéreo de la policía del planeta lo llevó después hacia el penal, sobrevolando el Desierto Rojo durante un viaje que le pareció excesivamente largo.

Con el rostro pegado al vidrio de la ventanilla, Peter siguió el paso de la soledad rojiza que se extendía a sus pies, considerando que habían enclavado el penal en un lugar verdaderamente infernal.

Claro que aquella elección tenía sus justificaciones, ya que los condenados no merecían otra cosa, puesto que si habían escapado a la Cámara Electrónica, no quería decir aquello que no la hubieran merecido.

Cuando el aparato fue perdiendo altura, el agente vio un grupo de edificios, en número de tres, contruidos con bastante gusto y rodeados por una franja de verdura que parecía un milagroso oasis en aquella región. Luego vio, más allá, las siluetas alargadas de los barracones, que tenían el aspecto de una estación donde se hubieran

detenido, para siempre, unos larguísimos y estrechos vagones.

Poco después el helicargo se detuvo en una pista bien cuidada. Un vehículo oruga se acercó a él cuando se hubo posado y un hombre saltó a tierra, un verdadero coloso, vestido con unos pantalones de montar, una camisa gris y un casco colonial que le cubría el rostro. Llevaba una fusta en la mano con la que golpeaba, rítmicamente, sus altas botas de montar.

Se acercó a la puerta del helicargo, que acababa de abrirse y con una sonrisa inquirió:

— ¿Muchos?

El policía señaló a Peter y dijo:

—Este solo.

El hombre miró a Parkin.

Tenía unos ojos pequeños, hundidos en profundas cuencas, bajo cejas hirsutas, de intenso color negro: unos ojos fríos y brillantes como el acero.

El hombre ordenó:

— ¡Vamos!

Peter saltó a tierra, con las manos enlazadas por las frías esposas.

— ¿No os quedáis un rato?— inquirió el hombre, dirigiéndose a los policías.

—No — contestó uno de ellos—. Preferimos largarnos.

—Como queráis.

Volvióse hacia Peter, indicándole el vehículo oruga.

— ¡En marcha! — ordenó.

Parkin obedeció, silencioso.

Se había percatado, desde el primer momento, de que aquel tipo respiraba brutalidad salvaje por todos los poros de su cuerpo, pero debía forzarse a “entrar” en su papel.

¿Y qué podía esperar un criminal que había sido destinado a un penal como aquél?

Se sentó al lado del hombre, que puso el vehículo en marcha.

— ¿Cómo te llamas? — inquirió éste, al cabo de unos segundos.

—Peter Parkin.

La mano derecha del otro dejó el volante, yendo a estrellarse contra la boca del joven, cortándole los labios, de los que manó abundante sangre.

— Se me llama señor —se limitó a decir el hombre, con una sonrisa.

— Sí, señor.

— ¿Por qué estás aquí?

—Asalto a mano armada y triple homicidio.

El otro silbó.

— No está mal del todo. ¿Sabes que vas a pasarlo muy mal, amiguito?

—No lo sabía, señor.

El otro dejó escapar una risita, breve.

—Me llamo Giles Martindale; señor Martindale para todos vosotros.

—Bien, señor.

—Voy a llevarte directamente a tu barracón. Hoy descansarás, pero mañana te destinaremos a algo. Eso depende de muchas cosas. Eres fuerte y veremos si podemos encargarte de un buen trabajo.

Peter no dijo nada.

Poco después se detenía el vehículo en medio de los barracones, cuyo aspecto era miserable, ya que sus paredes se caían a pedazos.

—Ése es el tuyo. Ahora no hay nadie, así que procura coger un buen sitio antes de que vuelvan los demás.

—Sí, señor.

Se alejó el vehículo y Parkin penetró en el barracón.

El aspecto interior era aún mucho peor del que ofrecía desde fuera. Montones de ropa sucia indicaban la situación de los petates miserables de los presos. Un olor a sudor y suciedad reinaba por doquier.

Sin poder soportar aquel hedor, Peter se dijo que el mejor sitio sería junto a la única ventana del fondo. Y corriendo a un lado, no mucho, un montón de harapos que había allí, se dejó caer, pensando en todo lo que habría de aguantar hasta, lograr algo positivo.

El día transcurrió en medio de una tranquilidad completa. Nadie vino a verle y Peter sufrió sed y hambre durante aquellas horas interminables, maldiciendo a los que se olvidaban de él de aquella manera.

Por fin, cuando el sol se había puesto casi por completo, oyó el ruido de unos motores. Y, levantándose, se asomó por la ventana, viendo un grupo de vehículos orugas que se detenían junto a los barracones. Racimos de hombres se dejaron caer de los coches, dirigiéndose hacia las barracas, en las que penetraron.

Igual sucedió en el barracón que ocupaba Peter. Éste vio llegar a los que debían vivir allí. Iban, casi todos, con los torsos desnudos,

mostrando, la mayoría de ellos, un tórax esquelético y unos brazos huesudos, con solo la piel manchada y tostada por el ardiente sol.

Al entrar, le miraron con curiosidad y algunos sonrieron levemente. Luego, cuando la pareja entró, Peter empezó a comprender el motivo de aquellas sonrisas.

Los dos que entraron en último lugar eran Completamente diferentes a los demás: fuertes, rellenos, poderosos, iban mejor vestidos y no mostraban aquella delgadez esquelética que parecía general.

Se detuvieron unos instantes junto a la puerta, mirándole; luego, al unísono, reemprendieron la marcha, deteniéndose ante él.

Y uno de ellos preguntó:

— ¿Eres nuevo?

—Sí.

—Levántate.

Peter obedeció.

— ¿Cómo te llamas? — inquirió el mismo.

—Peter Parkin.

El hombre sonrió, mirando a su compañero.

— ¿Qué te parece, Tim?

—Estupendo—repuso el aludido.

Y su puño salió disparado, como una maza, lanzando al agente contra la pared, donde se golpeó la cabeza, quedando en postura grotesca.

Una carcajada general estalló en el barracón.

Pasándose la mano por los labios, que se habían abierto por segunda vez en poco tiempo, Parkin reflexionó rápidamente, sabiendo que se encontraba ante los jefes de la barraca, los dueños de “vidas y haciendas”, los matones de aquel grupo de esqueletos.

Su suerte estaba echada en aquellos momentos y todo el futuro dependería de su manera de obrar.

Se puso en pie.

—Es que he cogido vuestro sitio, ¿verdad?

Timothy sonrió.

— ¡Eres inteligente, muchacho!

Y lanzó otro golpe.

Pero esta vez Peter estaba prevenido y paró el golpe con facilidad, lanzando su izquierda que, con fuerza tremenda, estalló contra la nariz de su agresor, lanzándole diez pasos atrás, donde cayó

de espaldas.

El agente sabía que aquello no era más que la primera parte. Por eso, agachándose velozmente, se libró de la masa del puño del otro, que se le vino encima a la velocidad de un cohete. Al mismo tiempo, aprovechándose de su posición, se lanzó hacia adelante, golpeando con la cabeza el estómago de su segundo adversario, que salió catapultado, yendo a caer sobre Tim, que, furioso, empezaba a levantarse trabajosamente.

Un silencio de muerte se hizo en el barracón.

Los dos matones se levantaron, ayudándose mutuamente. Y miraron al nuevo.

Tim sonrió, adelantándose.

—Nos gustan los tipos como tú, Peter — dijo—. No creo que haya que enfadarse por tan poca cosa, ¿eh, Bob?

El otro sonrió, a su vez.

Luego repuso:

—Hay sitio para los tres. Nos estrecharemos un poco y todo se arreglará.

Tim se frotó la mandíbula.

— ¿Sabes que pegas muy fuerte, muchacho? ¿Has sido boxeador?

—Un poco.

—Se comprende. Estrecha esa mano y demos por zanjado el asunto.

Peter estrechó la mano que le tendían, eh guardia, vigilando los movimientos del otro.

Pero no sucedió nada.

Bob se acercó a su vez y dijo:

—Me llamo Robert Golob, amigo.

Y tendió su mano.

Fue en aquel momento, cuando se disponía a estrecharla, que los dos hombres cayeron, al unísono, sobre él. Fue como si se hubiera encontrado entre dos locomotoras, formando la parte media de un desagradable “sandwich”.

De nada sirvieron los esfuerzos que hizo por defenderse. Uno de ellos logró cogerle por los brazos y el otro le dio a placer, golpeándole con los puños y los pies, sin mirar dónde.

El dolor le penetró como un cuchillo, hasta que su resistencia, cedió y terminó desplomándose, cuando el que le sujetaba le dejó, como un muñeco desarticulado.

Aún en el suelo, los dos hombres siguieron golpeándole, dándole de patadas, hasta que Peter perdió el sentido.

Un cubo de agua le hizo salir de aquel estado de inconsciencia.

Todo bailaba a su alrededor y hubo de hacer un poderoso esfuerzo para enfocar los rostros de los dos hombres que parecían ser vistos a través de una densa niebla.

Ambos sonreían.

—Bien — dijo Tim—. Ahora empezarás a comprender, imbécil, que no se puede molestar a los que mandan aquí. ¡Ve al final de la barraca y échate donde puedas!

Levantándose, no supo cómo, Peter se dirigió al fondo, balanceándose como un hombre ebrio. Por último, se dejó caer en un lugar, junto a la puerta, respirando con cuidado, ya que el pecho le dolía por los golpes recibidos.

No había empezado muy bien y había cometido el error de creer en la buena fe de aquellos hombres.

¡Qué estupidez!

Tenía que meterse en la cabeza que se encontraba entre criminales peligrosos y que no podía fiarse de nadie, en absoluto.

De nadie.

Poco después unos presos trajeron la comida, algo oscuro y maloliente donde flotaban algunos trozos de materia de origen misterioso. De todas maneras, Peter comió con apetito, venciendo la repugnancia que le invadía y bebiendo con avidez el agua que le había correspondido.

La oscuridad había caído ya sobre los barracones, en los que no había iluminación alguna, cuando, vencido por el cansancio y el dolor, Parkin se hundió en un profundo sueño.

* * *

Una sirena le despertó, sobresaltándole. La luz débil del alba empezaba apenas a robar un poco de la densa oscuridad de la noche.

Todo el mundo se levantaba y Peter les imitó, esperando órdenes. Poco después salían del barracón, formando de a dos, excepto los dos jefes de barraca, que permanecieron fuera de la fila.

Los coches orugas no tardaron en llegar, precedidos por el vehículo que conducía Giles, quien saltó a tierra, viniendo junto a los dos hombres.

— ¿Qué tal el nuevo, muchachos?

Bob sonrió.

Pero fue Tim quien contestó:

—Bien, señor: tuvimos que educarle un poco. Se había empeñado en colocarse, junto a la ventana.

— ¿Fue difícil de domar?

—Un poco. ¡Pega como un condenado!

—Ocurre igual con todos los que llegan aquí, pero luego, poco a poco, cuando las fuerzas se les van, se muestran muy dulces. ¿No es cierto?

—Desde luego, señor.

— ¡En marcha!

Subieron a los vehículos y éstos se pusieron en marcha, alejándose de los barracones por un camino de superficie pulida y sin hoyos, Pero luego, cuando los coches abandonaron aquella especie de, primitiva pista, empezaron a saltar, lanzando a los hombres unos contra otros, en una danza violenta y sin fin.

A Peter le dolía todo el cuerpo.

Cada bache era como un despertar salvaje de sus dolores, lo que le hacía padecer de una forma insufrible.

Finalmente, los orugas se detuvieron en el centro de lo que parecía un desfiladero de altas paredes, todo ello pintado de aquel color rojo que parecía ser el único tono posible en aquella región.

Descendieron, formando de nuevo Y poco después, guiados por los jefes de barracas, se dirigieron a los lugares de trabajo, donde las perforadoras neumáticas les esperaban.

Tim se acercó al agente, gritando:

— ¡Eh, tú!

— ¿Qué hay?

— ¿Sabes escribir?

—Un poco.

— ¡Pues ahí tienes una buena estilográfica! ¡A ver si sabes aprovechar el tiempo!

Las perforadoras no eran de modelo reciente y saltaban como demonios en las manos de los que las manejaban. La vibración despertaba mil dolores en el cuerpo de Peter, que, haciendo de tripas corazón, trabajó de firme, sin dejar de ver que los dos jefes de barraca rondaban a su alrededor.

La labor de las perforadoras era el de hacer profundos agujeros, lo que hizo suponer a Parkin que se iban a colocar barrenos en aqueja zona que, necesariamente, debía ser donde se hallaban los rubíes.

El sol, débil en la mayor parte del planeta, ofrecía allí la

excepción formidable que suele presentar en todos los desiertos. Agregándose al calor, el polvo rojizo que desprendían las máquinas se pegaba a la piel, proporcionando una sensación desagradable, como si un millar de alfileres se clavase en ella.

Sin dejar de manejar su máquina y deteniéndose tan sólo para, cambiar la barra, cada vez más larga, Peter miraba, de vez en cuando, a los prisioneros, pensando que uno de ellos podía ser el agente de la SIP que Callowan había enviado en primer lugar.

Si es que no había muerto ya.

Hacia mediodía, un pitido les previno que había llegado el momento de comer, concediéndoseles una hora para hacerlo. Los hombres corrieron hacia donde había un asomo de sombra, tendiéndose y esperando que los encargados de la comida les echasen en sus viejas latas la bazofia que constituía la ración concedida.

Peter llegó tarde y tuvo que sentarse en una zona en la que la sombra y el sol parecían jugar al escondite.

Había un hombre a su lado, esquelético como los demás.

El hombre guardó silencio durante un largo rato. Luego, echándose en el suelo, como si deseara descansar, acercó su cabeza a la de Peter, que estaba reclinado sobre el repecho vecino.

—No mires hacia acá — dijo el hombre, al cabo de un rato —y escucha bien.

Hizo una larga pausa.

—Te hemos visto luchar anoche y nos has gustado. Somos tres, dispuestos a largarnos de aquí. Pero tenemos que ser destinados a las minas. Para eso hay que hacer algo gordo. ¿Estás dispuesto?

Parkin movió apenas los labios para contestar:

— ¿Qué minas?

—Ya verás. Uno de los amigos de los que te he hablado está allí, esperándonos. Ha conseguido reservarse una pequeña fortuna, que guarda para nosotros.

— Entonces ¿qué trabajo hacemos aquí?

—Una carretera.

— ¿Y qué hay que hacer para ir a las minas?

—Matar.

Y cómo Peter no dijese nada, continuó:

—Yo trabajo a tu lado. Haz algo para que uno de esos granujas de jefes de barracones se acerque a ti; luego, cuando esté a tu lado, le empujas, haciéndole caer al suelo, junto a mí. Ya me ocuparé yo del resto. ¿De acuerdo?

Peter reflexionaba a toda velocidad.

Estaba de acuerdo, en principio, con facilitar su ida a las minas; pero, por otra parte, la violencia no le parecía nada provechosa.

— ¿Estás seguro de que no nos liquidarán?—inquirió.

—No temas. Tienen los brazos justos y necesitan gente para allá abajo. Ya verás como todo sale bien, ¿Te decides?

—De acuerdo.

El pito resonó, en aquel momento, marcando e) final de la hora de reposo.

CAPÍTULO III



IETE ventiladores y tres extractores de aire, además de un term-normalizador y dos perfumadores, daban al despacho del director un ambiente ideal.

Daniel Doherty era un hombre alto, corpulento, con una cabeza cuadrada y cubierta casi por entero de cabellos grisáceos. Su rostro era el de un luchador, con una mandíbula inferior cuadrada y prominente, una frente estrecha y una boca ancha, de labios gruesos y vulgares.

Tenía los ojos azulados y brillantes, como si hubiesen sido hechos con polvo de sílex.

Con las enormes y velludas manos sobre la mesa, acariciaba los rubíes que contenía un estuche enteramente forrado de raso negro, lo que hacía resaltar el vermellón de las gemas, que irisaban la luz con mil reflejos.

La puerta del fondo, al abrirse, le hizo sobresaltarse. Y en pocos

segundos, estuche y piedras desaparecieron en el cajón del despacho que había permanecido constantemente abierto y que se cerró al instante.

Unos pasos ágiles y juveniles se dejaron oír, seguidos después por la aparición de una joven alta, esbelta, bellísima, vestida con elegancia, que mostraba una dentadura perfecta en una sonrisa abierta, limitada por sus finos labios cuidadosamente pintados.

— ¡Hola!

Daniel la miró detenidamente, sonriendo a su vez, mientras la contemplaba con admiración.

Daniel dijo:

— ¡Hola, Sue!¹

Ella era muy linda, con sus ojos verdes y su cabellera color ceniza. La escultura de su cuerpo estaba estrechamente ceñida por su traje azul oscuro que dejaba ver la finura de sus largas piernas. El traje era de manga corta y los brazos, tostados por el sol, ofrecían un aspecto de juvenil salud de la que no podía dudarse.

Sin embargo, había en su mirada una llama de decisión que debía haber puesto en guardia a los incautos que se le acercasen. Eran, en verdad, ojos de felino, profundos, inquisitivos, llenos de una malicia que podía pasar corrientemente por encantadora y femenina...

A menos que se la conociese bien.

Ése era el caso de Daniel, que sabía perfectamente lo peligroso de dejar que aquellas garras, de alguna manera había qué llamar a los dedos de uñas manicuradas en rojo intenso, se aproximasen demasiado al rostro.

La muchacha se acercó al despacho, sentándose sobre un borde de la mesa.

—Venía a decirte que iba a salir, querido...

Doherty apenas la oyó.

En aquel momento recordaba cuándo y dónde había encontrado a aquella muchacha, en uno de sus últimos viajes a la Tierra, exactamente en un local de renombre de Nueva York, donde ella actuaba como principal número de atracción en un espectáculo verdaderamente sensacional.

Atraído por la belleza demoníaca de aquella mujer, Daniel había perdido los estribos, llevándosela a Marte, deseoso de ofrecerle todo cuanto ella deseara.

Pero pronto tuvo que darse cuenta de que la ambición de Susan corría pareja, en magnitud, con su belleza. Y cuando se percató de aquella poca interesante particularidad y quiso deshacerse de ella, se

encontró con que la muchacha había jugado sus cartas con una malévola habilidad; enviando cierto mensaje, con un rollo de película, a cierto amigo de Los Ángeles que, de recibir malas noticias de ella o ninguna, debería entregar dicho mensaje a la policía, preferentemente a la SIP.

¿Chantaje?

Daniel se encogió de hombros. Ahora, un año después, había empezado a acostumbrarse a aquella situación, prefiriendo dar a la muchacha toda la libertad que ella deseaba, a cambio de una tranquilidad que, de otro modo, le hubiera costado muy cara.

— ¿Dónde vas?

—A la mina.

Doherty frunció el entrecejo, inquiriendo:

— ¿Otra vez?

—Sí.

Una sonrisa cínica apareció en los labios enormes del director del penal del Desierto Rojo.

— ¿Cuántos rubíes tienes ya, Sue?

— ¿Te he preguntado yo cuántos tienes tú, Daniel? — replicó la mujer.

Él se mordió los labios.

—Está bien. Quedamos de acuerdo, creo, en que no exagerarías y que te irías cuando consiguieses una cantidad... suficiente.

—Tú lo has dicho: suficiente.

— ¿Entonces?

—Por desdicha, esa palabra es elástica, aunque no infinita. No te preocupes, querido: pronto me iré.

Y como el otro no dijese nada, añadió:

—Ya sé que ese día será el más alegre de tu vida. Te prometo que será pronto..., muy pronto, Daniel.

—Gracias.

Ella se dejó caer grácilmente al suelo.

—Voy a coger tu helicóptero particular, amigo mío.

— ¿Es que el tuyo está estropeado?

—No, pero me gusta cambiar. Además el tuyo es mucho más cómodo y rápido.

—Como quieras.

Ella le sonrió, graciosamente maliciosa, como el gato que se divierte con su víctima antes de devorarla,

—Adiós, querido. Diviértete mucho.

—Gracias.

La vio alejarse, mordiéndose los labios y pensando en lo que daría porque aquella víbora fuese aplastada..., de no haber por medio la carta y las fotos que ella había enviado a Los Ángeles.

* * *

Se levantaron los dos, yendo hacia los lugares de trabajo, donde sus respectivas perforadoras les esperaban, clavadas en el suelo de cuarzo del desfiladero.

El hombre no miró a Peter, limitándose a apoderarse de los brazos de la máquina, que se puso inmediatamente en marcha con un estrépito formidable.

Parlan hizo lo mismo.

No estaba nervioso, pero la intranquilidad se estaba apoderando de él, reprochándose el haber aceptado demasiado aprisa la peligrosa proposición del hombre, sin saber si la reacción de los otros iba a limitarse, como aquel individuo pensaba, a enviarlos a las minas.

De todos modos, su primer objetivo era conocer esas minas, saber a qué atenerse respecto a la explotación de joyas y todo lo que se relacionase con aquel oscuro asunto, ya que la búsqueda del otro agente de la SIP no había avanzado ni un milímetro,

Por otra parte, no hacer nada y limitarse a esperar le parecía monstruoso, ya que debía apresurarse, aprovechando cuantas circunstancias se presentasen para llegar a la médula de aquella misión.

¡Estaba decidido a todo!

La confianza en sí mismo creció, haciendo que olvidase los golpes recibidos la noche anterior y encontrándose preparado para todas las dificultades que se presentasen.

¿Serían tan malas las minas como para constituir un castigo peor que la misma, muerte?

De todos modos, pronto iba a saberlo.

Dispuesto a desencadenar el problema que interesaba, dejó caer la perforadora, sacando un cigarrillo de los pocos que le quedaban, encendiéndolo con ostentación, ante la mirada de asombro de sus compañeros.

Tim, que no estaba lejos, le miró frunciendo el entrecejo. Una sonrisa divertida y cruel entreabrió sus labios.

Acercóse, despacio, como si gozase de lo que iba, a pasar. Había

sacado un cigarrillo y cuando estuvo al lado del joven, pidió:

— ¿Me das fuego, Peter?

Parkin sonrió.

— ¡Naturalmente, amigo!

El otro acercó el suyo al cigarrillo del agente, pero cuando lo hubo encendido y lograda que la punta se tornase ígnea, movió la mano a gran velocidad, aplastándolo contra el antebrazo de Peter, que lanzó un grito furioso.

— ¡Perro!—rugió el jefe del barracón.

El escozor de la quemadura duraba aún, Pero Peter no era, un hombre que dejase que el dolor le venciese. Y rápido como la luz, avanzó, empujando al otro, al mismo tiempo que adelantaba uno de sus pies, zancadilleándolo para, garantizar su caída.

Tim movió los brazos como las aspas de un molino, como si intentase asirse a cualquier sitio. Luego cayó justamente al lado del hombre, que acababa de sacar su perforadora, provista de una barra corta.

El hombre actuó con una vertiginosa rapidez.

Poniendo la máquina sobre el pecho de Tim, oprimió el botón, mientras una sonrisa de triunfo aparecía en su rostro.

Tim lanzó un alarido infrahumano.

La barra penetró en su cuerpo, destrozando todo lo que halló en su camino, abriéndose paso fácilmente entre carne y huesos, todo ello materia demasiado frágil comparada con la que podía perforar.

El jefe del barracón se estremeció unos instantes. Luego quedó inmóvil, con el pecho destrozado, como un muñeco que un niño cruel hubiese abierto para explicarse lo que había en su interior.

Sonaron los pitos y los guardianes acudieron de todos lados, con sus metralletas en la mano, rodeando a los dos hombres.

Peter temió que alguno de aquellos, nervioso, oprimiese el gatillo.

Pero todos ellos estaban pendientes de Giles, que tenía una extraña sonrisa en los labios.

En el fondo, le importaba poco la muerte de Tim. Los asuntos entre presos habían dejado de interesarle hacía muchísimo tiempo. Pero la disciplina era la disciplina y el castigo no podía hacerse esperar.

De buena gana, como había ocurrido antes, hubiese ordenado que disparases contra aquellos dos. Pero las órdenes de Doherty no podían discutirse y éste ordenaba que los rebeldes fueran enviados a las minas.

Lo qué, en el fondo, era peor.

Después de ordenar a los demás presos que volviesen a su trabajo, Giles Martindale, acompañado por dos de sus hombres armados con metralletas, hizo que el hombre y el joven agente se apartasen de su lugar de trabajo, separándoles de los demás.

Entonces, cuando los tuvo aparte y sin dejar de sonreír, dijo, mirando fijamente a Peter:

— ¡Eres un tipo nervioso, Parkin! A ti —añadió, volviéndose hacia el otro— ya te conozco y esperaba que hicieras pronto una de las tuyas. ¡Pobre imbécil!

Ninguno de los dos presos dijo nada.

Y Martindale, con la misma sonrisa cínica en los labios, añadió:

—Te extrañará un poco, a ti, Parkin, que no te hayamos matado ahora mismo. En cualquier otro penal, lo que habéis hecho se hubiera pagado inmediatamente con la muerte.

”Pero aquí no...

”Te estarás preguntando por qué y yo voy a explicártelo en seguida, puesto que me gusta muchísimo que la gente sepa lo que les va a suceder. En realidad, para la administración, vosotros dos estáis ya tan muertos como si los guardianes os hubieran llenado el cuerpo de balas. Vuestras fichas pasarán al archivo de los “muertos por causas diversas”, importando poco qué pondrá el oficinista encargado para justificar vuestra definitiva desaparición.

”Y os aseguro que, desde todos los puntos de vista, habría sido mejor que esos tipos disparasen sus metralletas contra vosotros.”

Encendió un cigarrillo tranquilamente, prosiguiendo:

—Yo no creía que hubiera cosas mucho peores que la muerte. Tuve que descubrirlo y darme cuenta de que vivía completamente equivocado, porque cuando un hombre pierde la esperanza, cuando sabe que no tiene salida alguna, la muerte es cien veces preferible.

”Eso es lo que os espera, pedazos de imbéciles. Aquí, aunque aparentemente imposible, los hombres se pasan el tiempo pensando en la forma de evadirse. Saben que es muy difícil, pero mientras ven la luz del sol y los caminos que conducen al desierto, esperan que la ocasión de huir se les presente algún día.

”Pero allí donde vais a ir vosotros dos, nada de eso existe y en cuanto os encontréis en aquel infierno os daréis cuenta de que hubiera sido preferible caer aquí muertos, terminándose vuestros sufrimientos de una vez para siempre.

Soltó una carcajada. Después, volviéndose a los guardianes, dijo:

—Conducidlos a mi coche y atadlos bien, con las esposas... Nos

vamos ahora mismo.

Momentos más tarde, encadenados al vehículo, sin posibilidad no solamente de huir, sino casi de moverse, los dos hombres se alejaban en el coche conducido por Giles, que había ordenado a los guardianes que se quedasen allí, sabiendo que los prisioneros habían dejado automáticamente de ser peligrosos.

Una vez fuera del desfiladero, el vehículo tomó un camino estrecho, marcado con las huellas de otros orugas que debían de pasar habitualmente por allí, alejándose hacia el Sur.

El color era intenso y el aire que el coche desplazaba al moverse rápidamente no disminuía mucho aquella sensación que ahogaba, como si la atmósfera se hubiera condensado y detenido en el interior de un horno.

Durante cerca de tres horas el vehículo, conducido por la experta mano de Giles, atravesó una amplia zona de desierto, acercándose después a unas colinas peladas que ponían una nota de más acusada desolación en el ya impresionante paisaje.

Fue junto a las colinas que el coche se detuvo, penetrando después por un estrecho desfiladero, donde había sido construida una carretera sobre el curso que debió ser, muchos años atrás, el paso de las aguas por aquella profunda vaguada.

Poco después el vehículo se detenía ante la entrada de una cueva, de donde, al oír el ruido del motor, salieron dos hombres armados hasta los dientes, que se acercaron al coche, saludando jovialmente a Giles.

— ¡Hola, jefe!

— ¡Hola, muchachos! Aquí os traigo dos “voluntarios”.

— ¡Fantástico!

Uno de los hombres soltó las esposas de las barras del coche, uniendo a los dos presos por una otra cadena que les impedía separarse ni un solo paso.

Luego Giles preguntó:

—¿Y Ed?

—Está ahí dentro, en su despacho.

—Vamos entonces.

Penetraron en la galería, profusamente iluminada. Era, en realidad, una especie de túnel, de unos, tres metros de alto por cinco o seis de anchura. Sus paredes habían sido cuidadosamente cubiertas por una densa capa de cemento y la luz, procedente de lámparas colocadas cada diez metros, daba una iluminación perfecta, pudiéndose ver todo con detalle, principalmente el brillo del acero que

corría, en forma de vía, hacia el lejano y profundo interior.

Acompañados por los guardianes y precedidos por Giles, los dos prisioneros torcieron por una nueva galería, mucho menor que la anterior, desembocado de repente, tras pasar una puerta, en una amplia estancia, donde se gozaba de una temperatura deliciosa y en la que había un moderno despacho, con muebles de gusto y una enorme caja de caudales al fondo.

Había un hombre sentado, detrás de la mesa.

Era alto, quizá más que Giles, pero más delgado. Iba vestido con elegancia y su rostro, muy pálido, no era del todo agradable, aunque el bigotillo estrecho que ornaba su labio superior ponía una nota de cinismo en su rostro, sumándose a esta sensación el brillo de sus ojos, negros como sus cabellos.

Estrechó el hombre la mano de Giles, invitándole a sentarse a su lado. Los guardianes y los prisioneros quedaron en pie.

El hombre preguntó:

— ¿Qué cuentas, Giles?

— Nada de nuevo. ¿Y tú?

— Lo de siempre — señaló a los dos hombres —. ¿Qué han hecho?

— Han matado a Tim Hause.

— ¡Un bicharraco menos! Me dan ascos esos tipos que nos han estado lamiendo las botas para conseguir no trabajar.

— Estoy de acuerdo contigo, Ed.

Y después de una pausa continuó:

— ¿Tienes sitio para ellos?

— De sobra. No te preocupes por eso.

Giles se puso en pie.

— Me largo, amigo. Quiero llegar a tiempo para volver con todos. Además, entre nosotros, he de decirte que he conseguido un permiso para pasar unos días en Joyce City.

— ¡Dichoso tú!

— Ya sabes que el jefe no se muestra demasiado espléndido en lo que respecta a los permisos; pero esta vez, según creo, ha de hacer algo allí, y así el muy zorro aprovecha la ocasión para, “concederme” los tres días que le había pedido hacía tiempo.

— ¿Qué te importan los motivos? Lo verdaderamente interesante es pasar unos días en la ciudad.

— ¡Y que lo digas!

Se estrecharon las manos y Giles salió, oyéndose poco después el

rumor apagado del coche, que se ponía en marcha, alejándose hasta que el sonido se perdió por completo.

CAPÍTULO IV



ASEY se puso en pie, dando la vuelta a la mesa para acercarse a los prisioneros a los que se quedó mirando fijamente durante unos instantes.

Luego, echando una ojeada a las fichas que Giles le había dado, miró al agente de la SIP, encarándose con él.

—Tú eres Peter Parkin, ¿verdad?

—Sí, señor.

— ¿Y tú Lewis Tomber?

—Sí, señor.

—Bien. Tú, Lewis, por lo que veo, llevas bastante tiempo aquí. ¿Cuánto?

—Seis años.

—Lo suponía; en cuanto a éste, no hay más que verle para saber que es un novato. ¿Le has hablado de las minas, Tomber?

—No.

—Sin embargo, vosotros, los de la carretera, soléis hacerlo muy frecuentemente. Lo sabemos todo y eso también. Habláis de las minas con una estúpida ambición, como si creyeseis que está aquí la clave de una posible fuga.

Lewis no dijo nada.

— Pero quiero advertir oí que ha habido casos en que los hombres que trabajan aquí, alguno de ellos, naturalmente, intentó escapar. Nunca lo logró nadie. Porque los que están aquí han muerto ya para siempre, aunque se muevan, coman y gruñan sin cesar. ¿Entendido?

Una sonrisa cruel había aparecido en sus labios.

— Siempre ocurre lo mismo — siguió diciendo, después de un

corto silencio—: cuando llegan aquí me gusta prevenirlos; pero siempre, como ahora con vosotros, me encuentro ante la incredulidad. Los hombres no quieren creer lo que les digo... ¡Arthur!

Uno de los guardianes se volvió, a tiempo de ver entrar a un hombre, pequeño y macizo, una especie de enano monstruosamente fuerte.

—Diga, señor.

—Escucha, Arthur: proporciona a estos dos tipos dos capas de su tamaño. Vamos a llevarles, dando un paseo, hasta su lugar de trabajo.

—En seguida.

Salió, regresando después con dos capas de intenso color verde, que colocó sobre los hombros de los prisioneros, cerrándolas cuidadosamente por delante, con una cremallera.

—Vamos—dijo Ed.

Abandonaron el despacho, tomando el pasillo que emplearon para llegar hasta allí. Luego desembocaron en la galería y Casey, deteniéndose un momento, les señaló la salida cercana.

— ¡Mirad la luz del sol!—les dijo, riendo—. ¡Miradla bien porque es la última vez en vuestra vida que la veréis!

Peter no pudo evitar un estremecimiento.

A pesar de su fuerza de voluntad, las palabras de aquel hombre no dejaron de hacer mella en su espíritu. Y miró a la luz, preguntándose, angustiado, si aquélla era, en realidad, la última vez que la vería.

No tardó en imponer su voluntad, diciéndose que no podía permitirse el lujo de dejar que su moral se desmoronase. Tenía un importante objetivo que cumplir y de nada debían servir las amenazas y peligros que sus enemigos colocasen ante él.

Habían empezado a andar.

Durante los cien primeros metros de galería nada extraordinario observaron. La iluminación seguía siendo perfecta y la limpieza y lisura de las paredes demostraba que se habían hecho cuidadosamente.

Peter notó que la minúscula vía no podía contener más que vagonetas de reducidísimo tamaño, quizá no más altas que una maleta corriente.

Luego la galería torcía hacia la derecha. Y fue entonces cuando las sorpresas empezaron.

Parkin los había visto retratados en algunas revistas, en la biblioteca de la Spacial International Police, y los había considerado como extraños y terribles. Pero ahora, al verlos al natural, sueltos, no

pudo evitar un estremecimiento.

¡Los “ormoks”!

Resultaba cierta su forma de grandes perros, pero lo que causaba un desasosiego profundo eran sus dos cabezas, completamente iguales, naciendo a ambos lados del cuello, con una simetría perfecta.

Dos cabezas con dos pares de ojos, brillantes como piedras preciosas, y dos bocas armadas de puntiagudos dientes.

Fuertes, de pecho anchísimo, poseían unas patas delanteras cortas y macizas, un cuerpo alargado y unos cuartos traseros bien plantados, prolongándose en un rabo no muy largo. Un pelo rojizo les cubría por completo.

—He aquí a los mejores y más seguros guardianes del mundo —dijo Ed, con una sonrisa.

Se acercó a ellos, acariciando sus enormes cabezas.

Luego advirtió:

—Si alguno de vosotros intentase lo que yo acabo de hacer, vería desaparecer su mano en una de las bocas. Y creo que ha llegado la hora de explicaros algo muy interesante...

Siguieron andando y, después de un momento, Ed prosiguió:

—Hay a lo largo de la galería, que tiene cerca de tres kilómetros de longitud, cien parejas de perros del Desierto, completamente libres, constituyendo un muro de fiereza que nadie puede atravesar.

“Los “ormoks” son unos animales muy curiosos. Dóciles por la fuerza, no suelen moverse del sitio en el que se les deja y esperan ahí, con una paciencia notable, que los guardianes les lleven su abundante comida. ¡Porque comen como fieras!

“Nos ha costado mucho descubrir ciertas particularidades que, empleadas sabiamente, nos ha conducido a poder dominarlos. Y no importa nada contaros los pormenores de todo esto, ya que nunca podréis serviros de cuanto voy a deciros.

Sonrió.

—Seguro que os estáis preguntando cómo he podido acariciarlos, cuando, normalmente, deberían haberme arrancado la mano de cuajo. Muy sencillo, amigos: descubrimos, hace tiempo, que hay un color que mantiene tranquilos a los perros: el verde.

“Por eso lleváis esas capas y, como podréis observar, nuestras camisas son también verdes. Es la única cosa que detiene a los “ormoks”. Pero una vez estéis en lo hondo de las galerías, nos llevaremos las capas y toda posibilidad de salir de allí habrá desaparecido.

“¡Intentad, si sois capaces, avanzar por la galería! Los perros os

demostrarán su afición por la carne humana. Hace unas semanas un hombre logró escapar; sí, aunque no lo creáis... Era un guardián al que la riqueza trastornó.

"Escapó por el desierto, no sin que un perro de los que andan libres por él casi le arrancase una pierna. Luego murió, como era natural, antes de conseguir su objetivo.

"Porque además de los perros, para aquellos que consiguiesen salir de aquí, y hablo de los guardianes y nunca de los presos, están las arenas movedizas, que nos rodean casi por completo.

Lewis no pudo, más y sonriendo dijo:

— ¿Y qué me dice del camino por el que hemos venido?

— ¡Buena pregunta, Tomber! ¡Buena pregunta! Has de saber que ese camino está minado y que Giles, con su coche, ha hecho una señal, antes de tomarlo, para que desconectásemos las cargas desde aquí. De no haberlo hecho, aparatos sensibles al calor, que funcionan con rayos infrarrojos, hubieran hecho saltar en pedazos el coche... y sus ocupantes.

"Del mismo modo ocurriría si un hombre, o varios, se atreviesen a coger ése camino. Por eso, al escapar de aquí, cuando hay algún loco que desea intentarlo, lo hace por el desierto, no atreviéndose, porque sabe los peligros que correría, a hacerlo por el camino.

Rio con cinismo.

Dijo:

—Ya os he dicho que os despidieseis de la luz del sol: nunca más la veréis.

Fueron cruzándose con parejas de perros que los miraban con ojos intensamente cargados de odio. De vez en cuando, Ed acariciaba sus cabezas, pero lo hacía con cierta aprensión, a pesar de las vestiduras verdes que llevaba.

Peter había comprendido, por fin, el sistema de protección que aquella gente había ideado. Y comprendía también, mejor que nunca, lo difícil que iba a ser salir de allí.

¿Difícil?

Sonrió, porque debía haber utilizado la única palabra que podía expresar la verdad escueta de la situación.

¡Imposible!

Cuando dejaron la última pareja de "ormoks" detrás, desembocaron en una galería que, estando igualmente iluminada con profusión, ofrecía ya unas paredes donde se veían las huellas de las excavaciones que allí se habían hecho.

Momentos después llegaban a una especie de sala donde medio

centenar de hombres, casi completamente desnudos, ya que sólo harapos cubrían parcamente sus cuerpos, trabajaban con minúsculos picos, golpeando las paredes de roca y tierra.

Había guardianes, armados con pistolas, vigilándoles y controlando el trabajo.

Uno de ellos se acercó, al verlos llegar, saludando a Ed:

— ¡Buenos días, jefe! ¿Dos más?

—Sí, Víctor: dos más.

El llamado Víctor abrió las esposas, no sin antes haberles desposeído de las capas verdes, que entregó a los que les habían acompañado hasta allí.

Luego dijo:

—Voy a ponerlos a trabajar inmediatamente.

— ¿Cómo va esto?

—Bastante bien. Esta noche enviaremos la vagoneta cargada.

— ¿Buenas piedras?

—Excelentes siempre, jefe.

—Mejor que mejor. Bueno, te dejo, Víctor; cuida de que éstos den también su fruto.

—No sé preocupe.

Los dos hombres fueron conducidos al final de la explotación, proporcionándoles dos de aquellos pequeños picos.

Víctor les indicó:

—Golpead con cuidado. Cuando veáis un rubí, arrancadlo sin rayarlo y entregadlo al guardián que esté más cerca de vosotros. ¿Entendido?

Y como los dos hombres se limitasen a asentir con la cabeza, añadió:

—Perfecto. Y una advertencia: esos picos, aunque pequeños, pueden convertirse en armas que podrían daros ganas de atacarnos. Pero incluso si nos mataseis a todos, no lograríais nada, ya que ninguno de vosotros lleva una prenda, verde para protegerse de los perros.

Era verdad.

Víctor, riendo, se alejó hacia el principio de la galería.

Los dos hombres empezaron su trabajo.

A los pocos minutos, Lewis, secándose el sudor, dijo:

—Tengo que buscar a Stone y a los otros.

— ¿Son tus amigos?

—Sí. Tienen un buen montón de rubíes escondidos.

Parkin sonrió, tristemente.

— ¡De poco van a servirles!

— ¡No seas idiota!

—No lo soy; precisamente por eso estoy convencido que nadie puede salir de aquí.

—Eso no lo sabemos.

— ¿Tú crees?

—Desde luego. Ellos deben tener un plan y ya verás como les sale bien.

— ¡Ojalá no te equivoques!

Siguieron trabajando.

Peter no dejaba de pensar en todo lo que le rodeaba, juzgando que los amigos de Tomber debían estar sencillamente locos al pensar en salir de aquel, infierno.

No, no podría ser.

Aunque él debía pensar en ello, ya que solo o acompañado tendría que salir de la mina, toda vez que había descubierto, los manejos del director del, penal del Desierto Rojo.

Pero ¿lo conseguiría?

* * *

El vehículo aéreo que tripulaba Susan Schott se posó, blandamente, junto a la entrada de la galería, bajo la mirada de los guardianes que, al reconocer el “heli” del director, habían salido precipitadamente a su encuentro, mientras uno de ellos corría a prevenir a Ed.

Todos ellos, los que estaban junto al aparato, demostraron su sorpresa al ver quién venía en él.

Y no porque fuese aquélla la primera vez que Susan viniese a visitar los yacimientos, sino por tripular el vehículo del director.

Poco después Ed Casey salía de la galería, avanzando sonriente, hacia la muchacha que ya había salido de la cabina.

— ¡Hello, Sue!— gritó él.

La joven le sonrió, estrechando su mano con calor cuando estuvo junto al hombre.

Después preguntó:

—No me esperabas, ¿verdad?

—Para ser sincero, no. Sabía, no obstante, que no tardarías en

venir, pero nunca me imaginé que lo hicieses tan pronto.

— ¿No te... alegras?

—Nadie ha dicho eso, Sue.

— ¡Menos mal!

Se había cogido del brazo del hombre, dejándose llevar hacia el interior. Una vez en el despacho, se sentó en un sillón y sacando un cigarrillo pidió:

— ¿No me das fuego, Ed?

Cuando tuvo el cigarrillo encendido, pidió:

— ¿No hay un poco de bebida para la pobrecita Susan?

Ed preguntó:

— ¿Qué quieres?

— ¿Y me lo preguntas? Un buen vaso de "whisky", con poquísima soda.

—Bien.

Ed se dirigió hacia el mueble bar, preparando lo que ella deseaba. También dispuso un vaso para él, pero poniendo la mitad de soda.

Luego se sentó al lado de la muchacha.

—Supongo —dijo —que habrás pedido permiso a Daniel, ¿verdad?

Le miró fijamente y él sorprendió un brillo de desprecio en sus pupilas verdes.

— ¿Cuándo vas a dejar de tenerle miedo, Ed?

Casey se encogió de hombros.

—Yo no tengo miedo a nadie, pequeña. Y algún día te lo demostraré. Pero, por ahora, estoy a sus órdenes y tengo que obedecerlas.

—Desde luego. Aunque deseo intensamente que dejes de hacerlo.

— Eso ya lo discutiremos a su debido tiempo. Pero aún no has contestado a mi pregunta de antes.

— ¿Que si he pedido permiso a Daniel?

—Eso es.

—Tranquilízate, disciplinado caballero: Daniel me ha dado permiso. Aunque, para decirlo todo, ha fruncido el ceño.

—Se comprende.

— ¿Tú crees?

—Desde luego. Al principio, el entregarte rubíes era un verdadero placer. Y hablo por él, Sue. Pero después, al darse cuenta de que

empezabas a exagerar, se amoscó. No creo que ahora tus visitas a las minas le hagan reír de felicidad.

— ¿Es que no tengo derecho a enriquecerme yo también?

—Sí, pequeña..., pero no a costa de los demás.

Ella se mordió los labios.

Después, mirándole fijamente, inquirió:

— ¿Qué quieres decir, Ed?

—La verdad, Sue: ya sabes que Daniel cuenta con ciertas protecciones, con ciertos amigos que facilitan la salida de las joyas y su ulterior liquidación en la Tierra.

—Lo sé.

—Esa gente, amiga mía, no se chupa el dedo.

Y aunque el control de la “producción”, si es que podemos llamarla así, es casi imposible, pueden empezar a sospechar que salen pocas gemas de las minas.

—Y eso ¿qué me importa?

—Más de lo que piensas. Si esa gente le pone las cartas sobre la mesa a Daniel, éste se verá obligado a hacer algo para evitar que cargues tu dosis en demasía...

Los ojos de ella lanzaron chispas.

— ¡No podrá! ¡Le tengo bien cogido y eso lo sabes tú tan bien como yo, Ed!

—Sí, si... Cálmate, por favor. Pero debes pensar que aunque, como dices, lo tienes bien cogido, él tampoco ha perdido el tiempo.

— ¿Eh?

—Supón que, empujado por la fuerza de las circunstancias, te prohíbe coger más piedras.

— ¡Lo denuncio!

— ¿Y qué ganarías con ello?

— ¡Anda! Pues que lo llevaran a la cárcel y seguramente a la Cámara Electrónica.

— Es posible, pero tú también caerías y serías detenida, confiscándote todos los rubíes que has almacenado. ¿Lo entiendes ahora?

Notó él que la piel del rostro de la muchacha había perdido un poco de color, que su mirada brillaba menos y que la arrogancia de la que hacía alarde parecía haberse fundido como un copo de nieve expuesto al sol.

Hubo una larga pausa.

Luego ella, apoderándose de una de las manos de Ed, dijo:

—Todo eso es cierto, querido. Pero tú no dejarás que hagan daño a tu Susan, ¿no es cierto?

—Desde luego... Siempre que no me enfrentes, por el momento, con todos ellos.

— ¿Qué quieres decir?

—Que, de momento, te limites a coger pocas piedras. Así facilitarás mi trabajo y no menoscabarás mi posición actual. Luego, cuando llegue el momento, ya sabes lo que ocurrirá.

— ¿Y cuándo llegará ese momento, Ed?

—No lo sé. Para que llevemos a cabo nuestro plan, hemos de tener todos los cabos bien atados: un solo fallo y todo se vendría abajo. Yo pienso ir a Joyce City dentro de una semana...

— ¿Hablarás con ellos?

—Creo que esta vez lo lograré. Daniel me enviará con las piedras, ya que ahora no tiene ganas de hacer el viaje él. Debe de estar cansado o preocupado. No lo sé a ciencia cierta.

—Yo sé lo que le pasa.

— ¿Qué?

—Que tiene miedo, Ed. Sabe que los tipos de la ciudad van a ponerse a gritar, a exigirle más y más... ¡Daniel ha sido siempre un cobarde!

—Es posible que no quiera ir a la ciudad por eso. Sea como sea, seré yo quien lleve las joyas. Tiene confianza en mí y lo demuestra el hecho de que permita que le reemplace, cuando hasta ahora no había dejado que nadie se entendiese con los misteriosos caballeros de la ciudad.

—Eso es cierto.

—Pues bien. Si te parece, nos veremos en Joyce City y allí podremos hablar de muchas cosas. Puede ser que una vez haya yo visto a esos tipos, encuentre la manera de arreglar las cosas rápidamente.

— ¡Eres un sol!

Le había echado los brazos al cuello y, atrayéndole hacia ella, le besó largamente.

* * *

Sue se acababa de ir. Se ponía el sol en el horizonte y Ed se acercó al transmisor, estableciendo comunicación inmediata con el despacho del director, en el penal.

— ¿Diga? — oyóse la fuerte voz de Daniel.

—Soy yo, Casey, señor.

— ¡Hola, Ed! ¿Qué ha ocurrido?

—He conseguido que no se llevase nada esta vez.

— ¡Bravo! ¡Eres un as! ¿Cómo lo has conseguido? Ed tartamudeó algo ininteligible. Y el otro dijo: —Comprendo... No creas que me importa. ¡Daría cualquier cosa por poder deshacerme de esa víbora! ¡Maldito sea el momento en que la conocí!

—Todo puede arreglarse, señor.

— ¿Tú crees?

—Sí. No es que quiera darle seguridades por anticipado. Pero es muy posible que pronto pueda proporcionarle la dirección del tipo al que Sue envió la carta y las fotos.

—Si haces eso, Ed..., ¡podrás pedirme lo que quieras!

—No se preocupe, señor. Me he citado con ella en Joyce City y espero poder sonsacarle la verdad.

— ¡Estupendo!

Y después de una pausa añadió:

—Pero ten mucho cuidado, muchacho: es una harpía.

—Lo sé.

—Sobre todo no la veas hasta después de haber cumplido mis órdenes en la ciudad. Ya te daré instrucciones cuando pases por aquí.

—Así lo haré, señor.

— ¿Cómo van las cosas por la mina?

—Bien, señor. La producción tiende a aumentar.

Y hoy Giles nos ha traído dos más.

—Lo sé. Martindale me ha enviado las fichas.

Un nuevo silencio.

Después Daniel preguntó:

— ¿Has pasado por el pozo, Ed?

—Ayer, señor.

— ¿Y qué tal?

—Como siempre. Por ese lado puede dormir usted tranquilo.

—De acuerdo. Hasta la vista.

—Hasta la vista, señor.

CAPÍTULO V



O había noche ni día en el interior de la mina. Las horas de trabajo estaban controladas por los guardianes, únicos en poseer relojes, que les guiaban en aquella imposibilidad material de conocer el tiempo.

Cuando dieron la señal de detenerse para comer, Peter y el otro hombre se alejaron hacia el lugar donde todos se reunían esperando la distribución del rancho. Éste era mucho más abundante y nutritivo que el de la carretera, lo que se comprendía, ya que era necesario conservar las energías de aquellos hombres, enterrados en vida, para que pudieran realizar el pesado trabajo de la extracción de gemas.

Hasta el momento ni Peter ni Lewis habían conseguido ver un solo rubí. La pared de la galería era dura, pero a veces dejaba escapar grandes cantidades de tierra rojiza, que unas vagonetas especiales conducían hacia el exterior. Las pequeñas, las que iban por los rieles que habían visto, estaban destinadas exclusivamente al transporte de gemas.

También se dio cuenta Peter de que las grandes vagonetas tomaban una dirección completamente distinta a la de la galería iluminada que habían seguido para llegar hasta aquí: un túnel oscuro por el que se hundían con un ensordecedor ruido de ruedas y vías.

Siguiendo a Lewis, el joven se sentó en un rincón, llevando el plato que le habían dado, comiendo en silencio y contemplando con curiosidad a sus compañeros de encierro, cuyas pieles eran de color blanco, ya que hacía muchísimo tiempo que no habían recibido la luz solar.

Poco después un hombre se acercó a ellos, sentándose junto a Lewis. El rostro de éste resplandeció al verle.

— ¡Stone!

— ¡Hola, amigo! Conseguiste venir, ¿eh?

— Ya lo ves.

— ¿Lo hiciste?

Tomber sonrió, mostrando su dentadura averiada.

Luego dijo:

— Puedes vivir tranquilo, amigo: Tim no volverá a hacer nada a

nadie. Este amigo me ayudó, tumbándolo junto a mí y la perforadora hizo el resto.

— ¡Formidable!

Y mirando a Peter dijo:

— ¡Bravo, amigo! Basta que hayas ayudado a Lewis a acabar con Tim para que puedas considerarte como un amigo mío de verdad. ¡Estrecha esta mano!

Parkin lo hizo, sonriendo también.

Después, curioso, preguntó:

— ¿Tan grave fue lo que te hizo Tim Hause, Stone?

El otro entornó los ojos, torciendo el gesto.

—No quiero recordarlo—dijo—, pero ya sé que tengo la obligación de contártelo.

Y tras una corta pausa, explicó:

—Tim me echó el ojo encima desde que llegué al maldito penal. Entonces estaba con él su hermano Carl, otra bestia, de la misma clase. Gracias a rebajarse ante los jefes, lograron, junto a Bob, convertirse en jefes de barracón. Yo entonces venía de la prisión de Nueva York y estaba fuerte como un toro...

"Uno de los días, cuando estaba comiendo, Carl pasó por mi lado, dejando, adrede, que la ceniza de su cigarrillo cayese en mi plato. Me levanté y le di una paliza formidable. Su hermano no estaba y no se enteró hasta la noche.

"No me dijo nada porque temía mis puños. Se llevó a su hermano a la enfermería y fue después a hablar con esa serpiente de Giles. A la mañana siguiente fuimos al trabajo como de costumbre. Pero al llegar me cogieron, colocándome por la fuerza un saco de cien kilos sobre la espalda. Lo ataron bien, con correas, de modo que yo no podía librarme de aquel peso de ninguna manera.

"Tenía que trabajar como los demás, con la perforadora, pero con los cien kilos sobre las costillas. Aguanté, creyendo que al regresar por la noche iban a quitármelo.

"Pero me equivocaba,

Intervino Tomber:

—Lo llevó dos meses, día y noche.

— ¿Es posible?

Stone asintió, con un gesto.

—Como lo oyes, amigo. El frotar del saco sobre la piel me había abierto unas llagas enormes que no me dejaban moverme y menos aún descansar. Pero yo no sabía que lo de las heridas era lo más peligroso.

El cansancio, aunque terrible, no me daba miedo. Y no le di importancia. Estaba muy fuerte y no creí que iba a pagarlo caro.

— ¿Qué ocurrió?

—Que al mes, aproximadamente, empecé a escupir sangre. Me había quedado en los huesos y me sentía muy enfermo.

—Comprendo.

—Fue entonces cuando, enloquecido, sabiendo ya que mis pulmones estaban tarados, un día me lancé sobre Carl, aplastándole bajo mí, con el peso del saco sobre las espaldas. ¡Lo estrangulé con un gusto!

Parkin se estremeció.

—Luego me enviaron aquí, aunque no me importaba. Pero lo único que me daba rabia era que Tim, el verdadero culpable de mi castigo y de mi enfermedad, se pasease tranquilamente.

—Por eso le prometí que me lo cargaría— dijo Lewis;

—Ahora ya puedo respirar tranquilo—soltó una carcajada—. Ya comprenderás, amigo— añadió, sin dejar de reír—, que eso de “respirar” es una broma...

Frunció el entrecejo y la expresión de su rostro se ensombreció súbitamente.

—Nunca volveré a ser el mismo — dijo, entre dientes—, pero yo, al menos, viviré bien dentro de poco: podré cuidarme en un buen sanatorio, rodeado de todo cuanto necesite. Mientras Tim comerá yerbas por la raíz.

— ¡De eso puedes estar seguro!

Peter miraba al hombre con curiosidad.

Luego, sin poderse contener, preguntó en voz baja:

— ¿Crees, amigo, que podremos salir de aquí?

— ¡Naturalmente!

— ¿Por dónde?

Señaló la galería iluminada.

—Por allí.

— ¡Pero es imposible! ¿Y los perros?

Stone sonrió.

—No te preocupes por nada, muchacho. Yo ya le dije a éste que podía estar tranquilo cuando viniese aquí. Hemos trabajado mucho en estos últimos meses... Pero yo ya sabía algo y cuando me trajeron no me sentí, como los demás, irremisiblemente perdido.

—No te comprendo.

—Ya irás entendiendo. El régimen alimenticio de la mina, como has podido comprobar, no es malo y las fuerzas se conservan bien: eso es lo más importante, ya que para atravesar el desierto se necesitan energías.

—Pero...

Stone le interrumpió con un gesto.

—Déjame seguir, muchacho. Veo que eres impetuoso y eso me gusta... Verás: aquí se nos trata bastante bien. Saben que tenemos que trabajar y que no hay escapatoria. No somos muchos y jamás se plantean problemas, ya que los pocos que se han vuelto locos, intentando la huida por la galería, han sido devorados por los perros.

—Por eso te digo que tengo mis dudas.

—Es natural que las tengas, Peter. ¿Crees que nosotros no las hemos tenido? Pero siguiendo con lo que iba: el trato aquí no es malo, repito, y tenemos, inclusive, los domingos libres.

— ¿Eh?

—Lo que oyes. Ese día los guardianes se largan y nos dejan solos. Saben que los “ormoks” son suficiente guardia para que ninguno de nosotros se atreva a hacer tonterías.

— ¿Entonces...?

—Escucha: allá, a la izquierda, hay un pequeño túnel donde se guardan los víveres de una semana para los cien hombres que estamos aquí, sin contar unos cofres frigoríficos donde está la comida especial de los guardianes. Abrirlos es cuestión de unos pocos minutos.

— ¿Y después?

— ¿Después? ¡Pues andando!

Peter preguntó:

— ¿Por la galería?

— ¡Naturalmente!

— ¿Y por qué no escoges la otra, por la que se llevan la tierra?

—Porque ésa no tiene salida y desemboca en el cráter de un antiguo volcán, donde se va vertiendo la tierra que sale de aquí. ¿Comprendes ahora?

—Sí. Pero en la otra están los perros.

—Ya lo sabemos.

— ¿Y crees que dejarán que salgamos tranquilamente?

Stone sonrió.

—Sin hacerlo descaradamente — dijo—, mira hacia atrás. Verás un hombre viejo, con barba blanca... muy larga.

Peter obedeció.

— ¿Lo has visto? — inquirió el otro.

—Sí. ¿Quién es?

—Un tipo estupendo. Era profesor de química antes de hacer no sé qué barbaridad que terminó por traerlo al penal, escapándose de la Cámara Electrónica por verdadero milagro. Pues bien: ese hombre es el que ha solucionado el problema.

— ¿Cómo?

—Quieres saberlo, ¿eh? Pues tienes que perdonarme, amigo. Ni siquiera se lo diría a Lewis y ya sabes que tengo confianza con él, sobre todo desde lo que ha hecho con Tim... Tú también eres mi amigo, puedes creerlo, pero aquí se aprende a cerrar la boca. Debe bastarte saber que serás uno de los que, el próximo domingo, saldrá de aquí con nosotros.

—Como quieras. ¿Y cuántos seremos?

—Nosotros cuatro: tú, Lewis, el profesor y yo.

— ¿No había más?

—Dos. Pero no supieron esperar y se liaron la manta a la cabeza... Fue hace seis días y salieron por la galería, armados con los picos. Cuando los guardianes trajeron lo que quedaba de ellos para que lo enterrásemos; es decir, lo que los perros habían dejado, no era nada agradable de ver, puedes estar seguro.

—Entiendo.

—Un poco de paciencia y todo se arreglará.

—La tendré. ¿Cómo se llama el profesor?

—Debe bastarte con eso, muchacho: “profesor” es su nombre y nadie conoce el verdadero.

Sonó el pito para el trabajo y Parkin se dirigió hacia su sitio, mirando al “profesor” con atención.

Andaba con una agilidad que no parecía de acuerdo con su edad. Y el agente se preguntó, con ansiedad, si debajo de aquella extraña personalidad no se escondía el otro hombre de la Spacial International Police.

* * *

— ¡Víctor!

— ¡Señor!

Ed levantó los ojos de la mesa sobre la que se extendían los rubíes obtenidos en aquellos días. Tenía sobre uno de los ojos la lente de aumento de los joyeros y una muela de diamante a su lado, con la que

depuraba las aristas de las gemas, quitándoles las impurezas que se les habían pegado durante su larga permanencia en las entrañas de la tierra.

—Ayúdame a envolver todo esto... Bonita colección, ¿verdad?

Los ojos del hombre gordo y bajito relucieron.

— ¡Lo bastante para vivir tranquilos el resto de nuestros días!

—Desde luego, pero no te quejes. Sabes que tendrás tu parte y que, al terminarse este trabajo, podrás irte con tus piedras donde desees.

—No dejo de pensar en ese venturoso día ni un solo momento, señor.

—Eso nos ocurre a todos, Víctor.

—Desde luego.

Empezaron a empaquetar los rubíes, metiéndolos en cajitas alargadas forradas de raso, con una casilla para cada gema.

Hubo un prolongado silencio.

Luego, Víctor preguntó:

— ¿Es que sale usted esta noche, señor?

Ed dejó una gema en su correspondiente casilla, mirándola como si la descubriese por primera vez.

Después, sonriente, asintió:

—Sí, Víctor. Mañana es domingo y quiero estar en Joyce City.

— ¡Le envidio, señor! De veras...

— ¿Cuánto tiempo hace que no vas de permiso?

—Unos tres meses.

—Es mucho. Hablaré de ello con el director. No te preocupes: obtendré unos días para ti.

—Muchas gracias, señor.



ANIEL terminó de llenar los vasos, esperando sin disimulos a que Sue se alejase de la mesa, como debía haberlo hecho ya, dejando a los dos hombres solos para que hablasen de sus cosas.

Pero ella, que no había quitado la vista de Ed durante toda la cena, se levantó, lánguidamente, yendo hacia el mueble bar donde el director del Penal preparaba las bebidas.

— ¿Cómo? — inquirió, con su característica sonrisa de gata — ¿Sólo dos vasos, querido?

—Has bebido bastante — gruñó el otro —. Además, creí que te querías acostar temprano.

Ella hizo una mueca de disgusto.

—Si vieras lo poco que me gusta que me trates como a una criatura.

—Está bien. Si quieres beber con nosotros, hazlo: ¿qué quieres?

—Ya me lo prepararé yo misma. Tú pones demasiada soda en mi “whisky”, cariño.

Daniel se encogió de hombros, alejándose hacia el rincón donde se había sentado Ed, al otro extremo de la estancia.

Y cuando le tendió el vaso, dijo en voz baja:

— ¡Qué peste!

Casey sonrió.

Y en el mismo tono de voz susurró:

—Un poco de paciencia, amigo mío; un poco de paciencia...

— ¿Crees que no tengo bastante?

Los altos talones de Sue resonaron cuando ésta abandonó el bar, acercándose a ellos.

— ¡Seguro que me estabas criticando, Daniel! Apostaría cualquier cosa y no perdería...

Doherty hizo un visible esfuerzo por contenerse, lográndolo y llegando a esbozar una sonrisa.

— ¡Desde luego, Sue! ¡Tú siempre ganas!

Ella fue a sentarse junto a Casey y dijo, melosa:

—Toma ejemplo de Ed, querido. Él sabe tratar a las damas y no es

difícil pronosticar que, un día de estos, tendrá un éxito resonante con alguna de ellas.

—Es, justamente, lo que con más ardor le deseo, Susan.

Era un duelo sin merced, donde se cruzaban los golpes entre dos adversarios que se detestaban a muerte. El tono de desprecio era utilizado por uno y otro, sin ambages, sin preocuparse por la presencia de un tercero.

Sue levantó el vaso:

— ¡A la salud de sus éxitos amorosos, señor Casey!

— ¡Igual digo! —rió Daniel,

Y Ed, con una sonrisa forzada, contestó:

—Muchas gracias a los dos.

Bebieron de golpe el contenido de sus vasos, abandonándolos después sobre una mesita vecina. La reunión languideció, ya que nadie parecía dispuesto a romper el silencio que había caído sobre ellos.

Sue se daba cuenta de que Daniel quería hablar a solas con el otro. Y comprendiéndolo, prolongaba su estancia allí de modo a fastidiar en lo posible al director del penal.

Hasta que comprendió que perdía el tiempo y se levantó:

—Caballeros— dijo, con sorna—: voy a dormir. La conversación es temiblemente agradable, pero, con franqueza, estoy cansada...

Estrechó la mano de Ed y acercándose a Daniel, pidió:

— ¿Me das un beso, amor mío?

Fue como si hubieran obligado al director a acariciar una serpiente de cascabel en libertad. Y Ed sonrió sin poderlo evitar, al ver que Daniel cerraba con desagrado los ojos al acercarse Sue para besarle en la mejilla.

—Buenas noches — dijo ella, alejándose.

Le respondió Ed; pero, cuando la muchacha llegaba a la puerta, dos golpes sobre ella le hicieron acelerar el paso para abrirla.

Era Giles que llevaba dos fotos en la mano, de tamaño bastante grande.

Intentó retroceder al ver la muchacha.

— ¡Oh! —se exclamó—. Perdonen, creí que el director estaba solo.

—Pasa, pasa, muchacho — invitó Daniel— No te preocupes. Sue nos dejaba en este instante. ¿Qué traes ahí?

—Las fotos de los dos... — dudó unos instantes; luego, con voz forzada, acabó —; Las fotos de los dos fallecidos, señor director.

Antes de que hubiera podido evitarlo, Susan se las había arrancado de la mano, echando una ojeada y devuelto.

Después, sonriente, comentó:

— ¡Es imposible contener la curiosidad femenina, señor Martindale!

—No tiene importancia, señorita Schott.

—Veamos, veamos — insistió Daniel.

Giles avanzó, entregando las cartulinas a Doher, que las examinó detenidamente.

Luego comentó:

—Éste ha debido de ingresar hace poco, ¿verdad?

—Muy recientemente señor: hace unos días.

— ¿Cómo se llama; es decir, cómo se llamaba?

Iba a contestar Giles cuando la voz de Sue, que se había quedado junto al umbral de la puerta, sonó antes que la del hombre.

—Peter Parkin — dijo.

Daniel la miró, examinando después la foto para ver si el nombre del preso estaba anotado al dorso.

Pero no había nada.

Frunció el entrecejo y volviendo a mirar a la muchacha, que no se había movido de junto a la puerta, preguntó:

— ¿Cómo sabes su nombre, querida?

Procuraba controlar el tono de su voz que, no obstante, le salió bastante irritado.

—Cosas de la vida — dijo ella, acercándose de nuevo. Y cuando se detuvo junto al visitante inquirió—: ¿Tenía que comunicar algo más al señor director, Giles?

Martindale enrojeció, ofuscado.

— ¡Oh, no, señorita! Sólo deseaba, como solemos hacerlo siempre, entregarle las fotos de las bajas.

—Tenga entonces la amabilidad de dejarnos.

Daniel y Ed se miraron con asombro. Aquél cerró los puños con fuerza y estuvo a punto de estallar.

Giles se volvió hacia él.

— ¿Ordena usted algo más, señor?

—No, gracias Giles.

—Buenas noches, señor... Buenas noches a todos.

Daniel esperó que la puerta estuviese cerrada. Tenía las fotos en

la mano derecha y, nervioso, golpeaba con ellas la otra mano.

Y en cuanto Giles desapareció:

— ¿Qué es esto, Susan? ¡Estás pasándote de la raya y no creas que voy a consentirte todas tus estupideces!

Ella no había dejado de sonreír.

— ¿Tan ofendido estás, querido?

— ¿Y aún me preguntas eso? ¡Vaya papel que me has hecho representar ante ese muchacho! ¿Con qué autoridad podré dirigirme a él si se ha dado cuenta de que tú me tratas como un trapo?

—Nunca haría una cosa así, Daniel, bien lo sabes tú.

—Entonces, ¿qué significa, si quieres explicármelo, lo que acabas de hacer?

Hubo una pausa; luego ella, que se le había acercado, melosa, con un movimiento felino, dijo:

— ¡Lástima que siga queriéndote tanto!

— ¡Basta de cobarde, Sue! ¡Espero una explicación!

—Y la tendrás, cariño... aunque después, cuando la conozcas, tendrás que pedirme perdón...

— ¿Eh?

Parecía como si los ojos de Daniel fueran a salirse de las órbitas. Al verle así, Ed comprendió lo que aquel hombre experimentaba en aquellos momentos, pensando que no sería nada raro que un día, a pesar de todo, matase a la serpiente que habla cobijado, antes de que, como en la fábula, ésta le picase.

—Cálmate, Daniel, te lo ruego.

También ella había notado que pisaba un terreno peligroso. Y, como por ensalmo, el tono burlón de sus palabras desapareció.

Estaba junto a él.

—De no haber sido una cosa importante... de vida o muerte — subrayó esas palabras—, jamás me hubiera atrevido a hacer lo que he hecho.

—Luego, ¿confiesas que has obrado mal?

—Lo confieso... aunque merecía la pena.

—Habla.

Ella señaló las fotos que él tenía en la mano.

—Conozco a uno de esos hombres, Daniel.

— ¿A cuál?

—Al joven.

Ahora fue el director quien, sin poderlo evitar, sonrió con

cinismo.

—Eso no tiene importancia, querida — dijo—. Ya sabes que no soy rencoroso ni celoso.

Ella se mordió los labios.

Sus ojos, sus hermosos ojos verdes, parecían encendidos con un fuego mortal,

— ¡Estúpido! ¡Cretino! ¡Eso es lo que eres! ¡Y yo una tonta por pensar en una seguridad que no mereces!

Soltando las fotos, Daniel, fuera de sí, se abalanzó hacía ella, cogiéndola por la muñeca y zarandeándola con fuerza.

— ¡Basta! —rugió—. ¡Ya estoy más que harto de ti! Y si lo que buscas es que te estrelle la cabeza contra la pared, éste es el mejor camino para lograrlo.

Ed, violento, se levantó, acercándose, con una sonrisa forzada, a la pareja.

—Por favor, señor director...

Daniel soltó a la muchacha.

— ¡No puedo más! — dijo, bajando la cabeza.

Hubo una pausa muy larga.

Doherty había ido hacia un sillón, dejándose caer en él. Ed y Sue estaban de pie, la muchacha frotándose la muñeca y él sin saber qué decir ni qué hacer.

Por último, decidiéndose a romper el silencio, dijo:

—Olvidemos esto. Y usted, señorita, díganos lo que deseaba comunicarnos.

— ¿Cree que vale la pena, señor Casey?

— ¡Por lo que más quiera usted, Susan! No seamos rencorosos:..

Ella miró a Daniel, que seguía con la cabeza inclinada sobre el pecho. Luego, acercándose a él, inquirió:

— ¿Me quieres escuchar?

Doherty levantó la cabeza.

—Te escucho.

—Bien, Así me gusta. Ahora te darás cuenta de que la importancia de lo que sé ha sido la única causa de esta desagradable escena. Conocí a Peter en Los Ángeles, hace unos cinco años...

— ¿Y bien?

—Salimos mucho juntos. Era un muchacho entusiasta, lleno de ambiciones. Al principio le costó mucho romper el hielo que yo había puesto entre los dos; pero, cuando lo hizo, se sintió tan atado a mí que

me propuso casarse conmigo.

— ¿Y después?

—Me di cuenta de que había algo que se lo impedía, pero jamás llegué a pensar la verdad hasta que él, bajo mi insistencia, me lo explicó.

— ¿De qué se trataba?

—Había ingresado en la Escuela de la SIP.

Daniel dio un salto, poniéndose en pie.

— ¿Eh? — rugió.

Y después:

— ¿Te das cuenta de lo que dices, Susan?

Ella sonrió.

—Desde luego, cariño: ese hombre es, sin duda alguna, un agente de la Spacial International Police.

* * *

Stone era el único de los tres que estaba sentado; Lewis y Peter estaban tendidos a su lado, mirando al techo de la bóveda y fumando los pocos cigarrillos que les habían dado.

Impaciente, Tomber inquirió, sin moverse:

— ¿Qué hacen, amigo? — inquirió, sin moverse.

Stone lanzó una nueva ojeada hacia la salida de la galería; luego, entre dientes, explicó;

—Se están preparando para marchar. Ya os dije que nos dejan solos todas las semanas a partir del sábado por la tarde.

Por su parte, Parkin prefería no hablar. Estaba pensando en la aventura que le esperaba y, a pesar de la confianza que respiraban sus dos compañeros, él no las tenía todas consigo, sabiendo que las dificultades que tenían que vencer no eran, ni mucho menos, cosa de broma.

Todavía no sabía qué procedimiento iba a facilitarles el “profesor”. Éste seguía aislado, echado lejos de ellos, sin haberles dirigido la palabra ni un solo momento.

Pero a Peter no le preocupaba solamente el hecho de haber descubierto que la existencia de la mina de rubíes era cierta y que el director del Penal estaba aprovechándose de algo ilegal, empleando para ello, de una manera prohibida, a los presos que le habían confiado. Indudablemente, lo de la carretera era una tapadera para evitar que una visita de inspección pudiera descubrir nada.

Y el que los enviados a la mina fueran dados de baja, considerados como muertos, dejaba a Daniel Doherty en libertad absoluta de explotarlos, sin que nadie pudiera pensar en tal cosa.

El agente de la SIP había observado que los alrededores de la mina no ofrecían detalle alguno que hubiera podido inquietar a alguien que sobrevolase aquella zona con ideas de inspección. Todo había sido preparado para que desde el aire la entrada de la galería fuese perfectamente invisible. El solo hecho de que la tierra de las excavaciones fuera vertida en el antiguo cráter subterráneo demostraba la previsión que aquella gente había tenido para que todo el mundo ignorase la existencia de la mina.

Mas, a pesar de que los descubrimientos que había hecho daban por resuelto la mayor parte del problema, Peter no podía dejar de pensar en la otra parte de la misión que Callowan le había encomendado;

¡Encontrar al agente que le precedió allí!

¿Qué había sido de Harold Silver?

No tenía ni la menor idea.

Tanto podía haber muerto como estar entre aquellos hombres o entre los que trabajaban en la carretera. Por el momento, lo que más le interesaba era huir de allí, comunicar a la SIP lo que había descubierto y esperar que el Servicio, al detener a los culpables, terminase por encontrar, vivo o muerto, al agente Harold Silver.

Fue entonces cuando Stone, que había guardado silencio hasta aquel momento, dijo:

—Ya se van. Han terminado de dar la comida a los del pozo, como cada sábado.

Parkin se incorporó. Mirando al presidiario, dijo:

— ¿El pozo?

—Sí. Al fondo de la galería oscura, por la que vierten las tierras, hay un pozo donde han metido a no sé quién.

Peter se estremeció.

No podía ser más que Harold. ¡Esta vez le había encontrado!

Estaba dispuesto a pasar por allí, antes de huir, para sacar a su compañero y llevárselo con él, costase lo que costase. Esperaba una fuerte oposición por parte de sus nuevos compañeros; pero, fuera como fuese, no podía dejar a Harold Silver en aquel infierno.

Poco después, cuando los guardianes hubieron desaparecido completamente, Stone se puso en pie:

— ¡Vamos!—ordenó.

Los dos hombres le imitaron, siguiéndole hacia el rincón donde se hallaba el “profesor”. Al verle cerca, Peter se dio cuenta de que era un hombre verdaderamente viejo y que, tras aquella barba, no podía ocultar la personalidad de su compañero, coma había llegado a pensar en algún momento.

Se sentaron al lado del “profesor” y guardaron .silencio durante un rato. Estaban esperando que el resto de los presos terminase por dormirse. Y al ocurrir aquello, el viejo dijo:

—Creo que podemos ir.

Les guio hasta el final de las excavaciones, haciéndoles tomar un pasadizo estrecho que conducía a una zona donde todavía no se había empezado a trabajar. La luz de la galería llegaba allí parcamente; pero cuando sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad que allí reinaba, Parkin pudo ver un barril de tamaño mediano que estaba oculto en un rincón.

—Hay que desnudarse — dijo el “profesor”.

Lo hicieron.

Luego, utilizando su propia camisa o lo que hacía oficio de tal, el viejo empezó a untarse con el contenido del barril: un pegajoso líquido de fuerte color verde.

— ¿Qué es eso?—inquirió Peter, comprendiendo de golpe lo que se proponía el hombre,

El viejo sonrió.

— ¿Esto? — Inquirió, a su vez—. Es nuestra mejor carta, amigo... Nuestra única esperanza.

— ¿Cómo lo consiguió?

—Por verdadera casualidad. En estas profundidades hay unos minúsculos insectos, semejantes a los que en la Tierra llamamos cochinillas de humedad. Cuando los descubrí aplasté uno, mientras trabajaba, viendo que salía de su cuerpo un líquido de intenso color verde.

”Fue aquel descubrimiento el que me hizo pensar que ya teníamos lo que necesitábamos para poder escapar de aquí. Como sabe, los perros del Desierto tienen miedo al color verde.

— ¿A qué es debido eso?

—No lo sé con certeza; pero, de todos modos, debe de estar ligado a la carencia de clorofila de las plantas marcianas. Ningún animal de este planeta ha visto jamás nada de color verde. A los “ormoks”, naturalmente, les ocurre lo mismo. Y eso es lo que los canallas que nos han traído aquí han aprovechado para impedir que nos fuguemos.

Terminó de empararse con aquel líquido, siguiéndole después Stone, luego. Lewis y finalmente Parkin.

Se habían pintado el tórax, los brazos y las manos, mojando después los pantalones, única prenda que iban a llevar consigo. Sus cuerpos brillaban con un color intensamente verde, lo que les daba un aire fantasmagórico.

—Hemos de quedarnos esta noche aquí — dijo Stone.

— ¿Por qué?

—Para que los otros no se den cuenta. No nos dejarían salir si nos viesen.

—Es natural.

—Antes de que ninguno de ellos se despierte nos iremos, atravesando la sala para adentrarnos en la galería.

—Bien.

—Descansaremos por turno, haciendo guardia de modo a impedir que nadie se acerque por aquí.

Parkin frunció el entrecejo.

— ¿Y si alguien lo hiciese? — inquirió.

Stone le mostró el minúsculo pico que tenía en la mano.

— ¡Fuera! No podemos permitirnos sensiblerías en este momento. Si alguien viene a meter las narices donde no le importa... ¡lo suprimirá el que esté de guardia! Tenemos que evitar, sea como sea, que nos descubran nuestros compañeros, que en este momento son nuestros peores enemigos.

El profesor hizo la primera guardia, sucediéndole después Stone.

Parkin tenía la tercera.

No pudo dormir y se pasó el tiempo inmóvil, pensando en lo que se había propuesto hacer, gustase o no a sus amigos.

Stone le tocó en el hombro:

—Te toca a ti, muchacho.

Parkin se puso en pie.

—Bien.

—Toma el pico y no olvides que no debes dejar que nadie curioseé por aquí.

—Desde luego.

Stone le sonrió, dándole una palmada en el hombro.

—Mañana estaremos lejos de aquí, amigo, y con una fortuna bajo el brazo. Y con un poco de suerte, podemos estar fuera de este maldito planeta dentro de poco.

—Eso espero.

Stone se tendió en el suelo y el joven agente de la SIP esperó pacientemente a que se durmiese. Entonces, Peter abandonó la galería sin fondo, pegándose a la pared y deseando, de todo corazón, que los presidiarios estuviesen dormidos.

Tuvo suerte y logró llegar al principio de la amplia galería, iluminada parcamente, lo suficiente para que se advirtiese la boca del pozo que se hallaba un poco a la derecha y que debía de ser bastante profundo.

Cuando volvió, quince minutos más tarde, sudaba a grandes gotas y su cuerpo temblaba como si tuviese fiebre.

No, Harold no estaba en aquel pozo, pero lo que allí había marcaba, definitivamente, el destino del director del Penal:

¡La cámara electrónica!

CAPITULO VII



AS palabras que Sue acababa de pronunciar hicieron que el silencio que las siguió fuese intenso, profundo, impresionante.

Daniel lo rompió. Mirando, asombrado, a la muchacha, inquirió:

— ¿Estás segura de lo que dices, querida?

Ella asintió:

—Completamente. Si hubiera querido, me hubiese casado con Peter, ya que él entonces estaba dispuesto a hacerlo, abandonando su carrera.

—Es posible que la haya abandonado después, sin que tú lo supieras.

—No. Él me escribió, mucho después, comunicándome que había ingresado y que le faltaba poco para ser un agente de la SIP. Además,

Daniel, no seamos estúpidos: ¿qué haría aquí ese muchacho si no fuese para investigar lo que ocurre?

—Tienes razón, Sue. Te ruego que me perdones... No podía imaginar que se tratase de una cosa así.

Ella sonrió; luego dijo:

—Ahora sí que me voy a descansar. Lo que ultiméis respecto a ese tipo no me interesa; es decir... prefiero no saberlo. Después de todo, Peter me hizo pasar unos momentos inolvidables, allá en Los Ángeles. Y no quiero saber cuál va a ser su final.

Abandonó la estancia y los dos hombres permanecieron callados unos momentos. Daniel se había sentado junto a Ed.

Doher, como si hablase consigo mismo, sin separar la mirada del suelo, dijo:

—Ha sido una suerte lo de Sue, ¿eh, Ed?

—Desde luego, señor. Aunque ya esperábamos, lógicamente, que algo así sucediese,

—Sí, pero no de este modo.

— ¿Qué quiere usted decir?

—Que yo esperaba una visita de los agentes de la SIP: una visita aquí, en mi casa, en mi despacho, si es que deseaban investigar algo.

Ed sonrió.

—A veces—dijo—, me parece usted demasiado ingenuo, señor. ¿Es que no conoce los procedimientos de esa gente? Cuando uno se despierta, ya es demasiado tarde y, generalmente, va con las esposas puestas camino de la Cámara Electrónica.

Daniel no pudo evitar un estremecimiento. Preguntó:

— ¿Y qué vamos a hacer con ese hombre, Ed?

— ¡Suprimirle!

— ¡No!

— ¿Eh?

—No quiero matarle. No olvides que yo no procedo del ambiente del que tú llegaste, Casey: yo he vivido siempre al lado de la Ley y sé, por eso, que los de la Spacial International Police no perdonan jamás cuando uno de sus agentes cae.

—No irá usted a dejarle en libertad, ¿en?

—No. Tampoco es ésa una solución viable.

— ¿Entonces?...

—No sé, no sé... Quizá lo mejor sería dejarle en el pozo.

— ¿Allí?

—Sí.

— ¿Y por qué no lo matamos?

—Ya te lo he dicho: no quiero que me envíen el Servicio de Ejecuciones de la SIP².

— ¿Prefiere entonces que, definitivamente, le echemos al pozo?

—Desde luego. En caso de que vengan maldadas, tendremos siempre un “as” en la mano: no es lo mismo impedir que un agente de la SIP realice su trabajo, encerrándolo, que quitarlo definitivamente de en medio.

—Como usted quiera.

Y tras un corto silencio, añadió:

— ¿Cuándo quiere que lo cacemos?

—El lunes. Él no puede imaginarse, ni remotamente, que ha sido descubierto. Por suerte, cuando fue allí, Sue no llegó hasta las galerías interiores.

— ¡Naturalmente!

—Ha sido estupendo, puesto que de la misma manera que ella le ha reconocido en seguida, lo mismo le hubiera pasado a él. El lunes por la mañana ya estarás de regreso y te encargarás del asunto. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Hubo una pausa.

Daniel parecía haberse tranquilizado del todo y encendió parsimoniosamente un cigarrillo.

Después dijo:

—Respecto a tu viaje a Joyce City, deseaba prevenirte de algunas cosas.

—Usted dirá.

—Por eso quería que Sue nos dejase solos. Comprenderás que cuanto menos sepa mejor.

—Comprendo.

El otro expelió una bocanada de humo azul y, mirando fijamente a su interlocutor, dijo:

—Voy a serte franco, Ed: yo confié en ti, puedes creerlo...

—Gracias, señor:

—Pero la gente con la que trato en la ciudad es demasiado importante y no desean ser conocidos por nadie más que yo.

—Es una precaución lógica.

—Desde luego, Por eso quiero prevenirte que en relación con

ellos estarás en una habitación completamente a oscuras. No temas nada, ya que podrás hablar con toda libertad y es por eso por lo que deseo que seas tú esta vez quien se entreviste con ellos. Has de hablarles claramente de las dificultades de la explotación y de que las piedras se hacen cada vez más raras. Eso no significa que la mina se esté agotando, pero tendremos que abrir nuevas galerías para buscar filones más propicios.

—Entendido.

—Trata de que vean las cosas claras, y que nos procuren más maquinaria; la necesitamos para proseguir los trabajos. Que tengan un poco de paciencia y pronto tendrán motivos de plena satisfacción.

—Así se lo diré, señor.

—Bien. Alójate en el “Aldford”, como siempre. De ese modo, si deseo entrar en comunicación contigo, podré hacerlo en cualquier momento.

—Sí, señor.

Daniel se puso en pie.

—Y nada más, muchacho. Ha sido una noche cargada de emociones y creo que haríamos bien en descansar.

Ed se incorporó.

— ¿Y respecto a Sue, señor? Porque supongo que sabrá que estamos citados en Joyce City.

—Sí. Haz lo que puedas. Ya sabes cuánto me interesa saber el nombre del tipo al que envió los documentos que me comprometen. Si lo supiésemos, sería sencillo eliminarle, apoderándonos de esos papeles. Y entonces sí que podríamos vivir tranquilos, sin esa espada de Damocles suspendida sobre la cabeza.

— ¿Cuál sería el destino de la muchacha?

Doherty sonrió.

—Eres muy amable al llamarla así, amigo... ¡Muchacha! Si hubieras dicho víbora, habrías dado en el clavo. Y hablando de reptiles, ¿sabes cuál es la mejor manera de terminar con ellos?

Lanzó el cigarrillo sobre la alfombra y lo aplastó fuertemente con el tacón, sin dejar de mirar a Ed.

El gesto era lo bastante elocuente para hacer obvia cualquier explicación aclaratoria.

* * *

Había llegado el momento.

Lewis, que hizo el último cuarto de la guardia, despertó a los

otros.

Les apremió:

— ¡Vamos! ¡Vanaos!

Se destacó Stone, volviendo poco después.

—Siguen durmiendo—dijo, con una sonrisa de satisfacción—. Y es natural. Aprovechan las mañanas del domingo para descansar un poco más. ¿Preparados?

Todos asintieron.

Poco después abandonaban aquel escondite, escurriéndose como sombras, rosando el muro, sin dejar de mirar a los hombre que, amontonados como los esclavos que construyeron las Pirámides, en una promiscuidad repugnante, buscaban un poco de descanso después de la semana agotadora que acababan de pasar.

Stone iba el primero, seguido por el “profesor” y Parkin.

Tomber cerraba la marcha.

Empezaron a llegar a la galería principal, la mejor iluminada. Y fue entonces cuando uno de los que dormían se incorporó, demostrando que había estado observándoles desde que empezaron a salir de su escondrijo.

Se detuvieron.

El hombre les miraba con los ojos tremendamente abiertos, como si aún le costase dar crédito a lo que pasaba en su cerebro.

Finalmente:

— ¡Os vais! ¡Quiero irme con vosotros!

Stone sonrió.

—Naturalmente, muchacho... Pero no levantes la voz. Uno más no tiene importancia.

Parkin estaba seguro que iba a clavarle el pico en la cabeza, por eso se extrañó cuando Stone, poniendo la mano sobre el hombro del presidiario, dijo:

—Vamos.

— ¡Muchas gracias! — exclamó el otro, contento de poder evadirse.

Habían penetrado definitivamente en la galería por la que avanzaban ahora nerviosos, con los músculos envarados, en medio de un silencio completo.

Peter sabía que cien metros más allá, aproximadamente, iban a tropezar con la primera pareja de perros bicéfalos.

¡Y entonces comprendió!

¡De golpe!

Comprendió por qué Stone había aceptado al nuevo compañero, evitando que al matarlo, en el dormitorio, pudiera gritar, despertando a los demás y provocando una verdadera catástrofe.

¡Era mucho mejor que los perros terminasen con aquel desgraciado, entreteniéndose con aquella presa mientras ellos proseguían su camino!

Se estremeció.

Había olvidado, estúpidamente, que todos aquellos hombres eran criminales, gente sin conciencia que habían sido conducidos al Penal del Desierto Rojo para que pagasen las deudas de sangre que habían contraído con la sociedad.

¿Qué piedad podía esperarse de ellos?

Eran como bestias, seres primitivos para los que la vida de un compañero y, a veces, incluso la propia, carecía absolutamente de valor.

Pronto se acercaron al lugar donde estaba la primera pareja de “ormoks”. Los animales, que debían haber olfateado su llegada, se habían colocado en el centro de la galería, con las patas ligeramente entreabiertas, erizado el pelo rojizo y abiertas sus dos bocas horribles, cuajadas de afilados y puntiagudos dientes.

Era un espectáculo escalofriante.

A pesar de la seguridad que hasta entonces habían tenido, los presidiarios no pudieron contener un estremecimiento, deteniéndose un momento, como si dudasen de si aquéllos animales respetarían el color verde que cubría sus cuerpos.

Por su parte, el quinto prisionero temblaba, con el rostro cubierto de sudor.

— ¡Nos matarán! ¡Nos matarán! — exclamó, lívido, como el papel.

— ¡Calla, idiota! —gruñó Stone.

Y mirando a los demás, añadió:

—Amigos, ésta es la primera prueba seria, comprendedlo bien. En cuanto hayamos pasado, nuestra confianza crecerá y los otros ya no nos importarán nada...

Y empezó a andar hacia los animales, sujetando el pequeño pico entre sus dedos.

Todos le imitaron.

Los animales gruñían y era espantoso ver aquellas dos cabezas, que les daban un aspecto de monstruos salidos de la imaginación de

un demente.

Stone pasó junto a ellos; luego Peter, después el profesor. Lewis lo hizo por uno de los lados de la galería, seguido por el otro.

Pero, de repente, los dos perros al unísono se lanzaron como furias sobre el prisionero que no iba cubierto de pintura verde.

El desgraciado retrocedió, pegándose a la pared de la galería.

— ¡Ayudadme, amigos! ¡A mí!

Peter intentó retroceder, empuñando su pico, pero la mano de Stone le cogió, fuertemente, por el brazo.

— ¡Vamos, estúpido!

Peter protestó:

—Pero...

— ¿No ves que no podemos hacer nada por él? ¡Adelante!

Prosiguieron el avance.

Un alarido horrible resonó con mil ecos en la galería. Volviéndose, Parkin adivinó, más que vio, una masa sanguinolenta bajo las patas de los “ormoks”.

Tenía el cuerpo empapado en sudor.

Los encuentros con los otros perros fueron demostrándoles que efectivamente los animales experimentaban una especie de terror paralizante ante el color verde.

La confianza creció en ellos, haciéndoles avanzar con toda seguridad. Incluso Stone, en una ocasión, se atrevió a acariciar, sonriente, a uno de los monstruos, como había visto hacer a los guardianes.

— ¿No hay alguien al final de la galería? — inquirió Parkin.

—No — repuso el profesor —. Los domingos se van todos. En realidad, y por lo que has, visto hace poco, no necesitan quedarse aquí. Con los asquerosos perros hay bastante.

Cuando llegaron al extremo de la galería comprobaron que el viejo tenía razón, ya que allí no había nadie.

Se detuvieron a la salida y Stone, señalando la carretera, dijo:

—Han debido dejar los disparadores de las cargas montados y dispuestos para entrar en acción. ¡Los muy canallas! Con lo estupendo que sería poder seguir tranquilamente esa ruta.

—Pero no hay nada que hacer—apuntó Lewis.

—Desde luego...

— ¿Hacia dónde vamos? — inquirió Peter.

—Hacia el norte. Queramos o no, tenemos que atravesar la zona

de las arenas movedizas. No vayáis a creer que la cosa va a ser fácil.

Parkin recordaba ahora las enseñanzas recibidas en la Escuela de la SIP, cuando Callowan le había hecho prepararse para aquellas experiencias. Y tentado a ayudar a sus compañeros de aventura.

—Si queréis— dijo—, yo os guiaré.

Stone lanzó una carcajada.

— ¿Tú? ¡Pero si hace poquísimo que has llegado a Marte!

Lewis le atajó:

—Lo mejor es que vaya delante, puesto que se ofrece... —y guiñó el ojo a su compañero,

Peter comprendió que para aquellos dos hombres había llegado el momento de hacer lo posible para quedarse con todas las piedras que habían logrado esconder durante largos meses de cautiverio.

El “profesor” estaba silencioso.

Sería él el primero que pagaría el error de haber confiado en hombres como aquellos. Después le llegaría el turno al agente de la SIP.

Tenía que abrir los ojos.

Por el momento, lo que les interesaba era alejarse de allí. Y poniéndose a la cabeza empezó a andar, no sin rogar a los otros que hiciesen el menor ruido posible.

¡Cómo volvían ahora a su imaginación las enseñanzas del doctor Sullivan!

Haciendo que se detuviesen de vez en cuando, Peter escuchaba atentamente, llegando a oír el suave movimiento de corrimiento que las arenas movedizas hacen a la menor brisa, cuando se rompe el equilibrio inestable de su situación.

Así consiguió hacerles avanzar por una estrecha faja de terreno, entre el espantoso peligro de las tierras absorbentes, que se movían a su lado, como si desearan recibir la ansiada presa en su fondo mortal.

Stone no dejó de asombrarse de aquella pericia de Peter y cuando descansaron en uno de los momentos de pausa que el joven empleaba para orientarse, preguntó:

—Oye, muchacho. ¿Cómo es posible que sepas tantas cosas sobre arenas movedizas?

Peter sonrió.

Tenía la respuesta preparada desde hacía rato.

—Trabajé — explicó — con un ingeniero, en México, en una zona que era como ésta. Y. él me enseñó a moverme por entre las arenas como por mi propia casa.

— ¡Fantástico!

—Ha sido una verdadera suerte que vinieses con nosotros.

Prosiguieron el camino hasta que, de repente, Peter se detuvo al oír un grito de pavor a su espalda.

Volvióse, viendo que el viejo “profesor” había caído de cabeza en las arenas. Tenía ya medio cuerpo bajo ellas y sus piernas se movían, incesantemente, fuera del terreno movedizo.

— ¡Mira a ver si puedes cogerle!—gritó a Stone, que era quien estaba más cerca del desdichado.

—No puedo —repuso el hombre—. Además, ya debe estar medio ahogado. ¡Ha sido una verdadera desgracia!

Lewis sonreía también.

Mordiéndose los labios, Parkin siguió andando, sin ganas de volver la cabeza hacia el horrendo espectáculo que se estaba desarrollando a su espalda.

Estaba seguro de que Stone había empujado al viejo. Y estaba completamente seguro de que, en cuanto hubieran salido de la zona de las arenas movedizas, Stone le clavaría el pico en la cabeza, eliminando una parte más de las que hubiese tenido que hacer con las joyas.

¡Bonito panorama!

CAPÍTULO VIII



URANTE la mañana de aquel domingo, Ed estuvo con Sue, paseando en coche por los hermosos alrededores de Joyce City. Él intentó, repetidas veces, llevar la conversación hacia donde le interesaba, pensando que la muchacha terminaría por decirle quién era el misterioso comunicante al que había enviado la documentación

comprometedora sobre el director del Penal y el asunto de los rubíes.

Pero ella, hábil y escurridiza como una serpiente, prefirió darle una prueba más su amor, cortando la conversación cuando ésta se deslizaba por un terreno que no abordó ni una sola vez

Hacia mediodía, Ed regresó al hotel, preguntando si había alguna llamada para él. No habiendo ninguna, se dirigió a su cuarto, esperando que los miembros de la organización de Daniel le avisasen cuando desearan verle.

Comió en la habitación, tendiéndose un poco ante el aparato de televisión, que daba un interesante y entretenido programa musical. Y fue en las primeras horas de la tarde, cuando ya se había quedado casi dormido, que alguien llamó a la puerta.

Se puso en pie de un salto, yendo a abrir.

— ¿El señor Casey?

Un hombre joven, al que veía por primera vez, le sonreía en el umbral.

—El mismo.

—Haga el favor de seguirme. Ya sabe que le están esperando.

— Desde luego,

Pero el otro, al ver que Ed se limitaba a coger su sombrero de la percha, preguntó:

— ¿Y el maletín?

—Lo tengo abajo, en la caja fuerte del hotel.

—Perdone. Debí suponerlo.

Se detuvieron en la conserjería el tiempo preciso para que entregasen a Ed el maletín donde llevaba los rubíes que había traído de la mina. Una vez fuera, el joven señaló un lujoso vehículo, negro corno ala de cuervo.

—Ahí está el coche.

Había otro hombre al volante y el que le acompañaba entró con él en el interior. Fue entonces cuando cogió un bulto gris que estaba sobre el asiento.

—Creo —dijo— que le habrán prevenido de que tenemos que tomar ciertas precauciones.

—Sí, lo sé.

—Esto es un casco de astronauta, que tiene la sola particularidad de estar herméticamente cerrado por todas partes. Eso nos evita el clásico y melodramático pañuelo negro para vendarle los ojos.

Ed asintió y el otro le colocó el casco, envolviendo a Casey una oscuridad completa. Cuando hubo ajustado las correas, el joven dijo:

—Ya sé que es un poco molesto, pero se le quitaremos pronto. No tardaremos en llegar.

Casey asintió:

—Perfectamente.

El vehículo se puso en marcha y rodó durante un buen rato. Hasta que, después de haberse detenido, el acompañante cogió del brazo a Casey para ayudarlo a bajar, llevándole así sobre lo que a Ed le pareció la superficie lisa de un suelo enlosado.

Bajaron unas escaleras, llamaron a una puerta y poco después, siempre guiado por las manos solícitas del joven, Ed fue suavemente empujado, sintiendo bajo sí la sensación muelle de un sillón.

— ¿Puedo quitarle el casco?

Una vos no lejana y un tanto ronca emitió un gruñido de asentimiento. Y las mismas manos le aflojaron las correas.

Momentos después, Ed podía respirar de nuevo con completa libertad.

Una densa oscuridad le envolvía, tan intensa casi como la que le había rodeado durante el viaje. Por muchos esfuerzos que hizo, no consiguió que las tinieblas se disipasen lo más mínimo.

Seguía teniendo el maletín entre las manos, justo cuando otras se apoderaron de él, dejándose oír la voz del joven que le había acompañado.

—Deme eso, Ed.

Casey obedeció.

Hubo una larga pausa. Luego, una voz sonó al otro extremo de la estancia:

— ¿Qué dice Daniel, señor Casey?

—El señor Doher — replicó el joven — me ha ordenado comunicarles que hay ciertas dificultades en la extracción de gemas. Él y yo creemos que se ha agotado la veta en la que se ha trabajado en estos últimos tiempos.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Que habremos de abrir una nueva galería, naturalmente después de hacer las prospecciones necesarias...

— ¿Necesitan maquinaria nueva?

—Lo ha adivinado, señor.

— ¡Bien!

La voz era áspera, como la de una persona acostumbrada a mandar y ser obedecida.

Pero su tono se hizo un poco más humano cuando, después de una pausa, agregó:

—Estamos muy satisfechos de su trabajo como tallador, señor Casey.

—Hago lo que puedo.

—La limpieza de las aristas y caras de las piedras es verdaderamente notable: fue un acierto el de Daniel al encontrarle.

—Le agradezco mucho sus palabras, señor.

—En cuanto a la maquinaria, dispondremos pronto de la necesaria para las nuevas prospecciones. ¿Qué tal el ambiente en la mina?

Casey dijo:

—Igual que siempre.

—¿No han ocurrido nuevas fugas?

—No, Ya sabe usted, señor, que sólo un guardián desertor consiguió escapar con un rubí... y que lo recuperamos.

—Por suerte.

—Desde luego. De no haber interferido aquel mensaje dirigido a la policía...

Otra voz sonó, hacia la izquierda:

—Dejemos ese tema, ¿quieren?

Hubo una nueva pausa.

Luego volvió a hablar el hombre que había llevado la voz cantante hasta aquel momento:

—Diga a Daniel, señor Casey, que estamos dispuestos a seguir ayudándole, pero que exigimos que la producción se triplique en estos próximos dos meses.

—Haremos lo imposible para que así sea.

El hombre dijo:

—Eso esperamos. Los gastos son grandes, pero no es eso lo que nos preocupa, Casey: necesitamos agotar la mina y que este asunto se termine. Entonces, sin miedo, podremos lanzar nuestras reservas de rubíes a los mercados de la Tierra y obtener los beneficios que todos nuestros esfuerzos merecen.

—Pierda cuidado, señor: eso no tardará en llegar.

Un silencio. Luego la primera voz ordenó:

—Ponle el casco de nuevo, Spencer.

La extensión de las arenas movedizas parecía no acabar nunca.

Habían descansado dos veces, frotándose los pies descalzos, doloridos por la caminata. Ahora, sentados en la estrecha franja de tierra que limitaba las malditas arenas, descansaban de nuevo, viendo como el sol se ponía en el horizonte.

— ¿Faltará mucho para las rocas?— inquirió Lewis.

—No lo creo — repuso Stone—. Aunque, francamente, creí que llegaríamos al término del desierto antes de que la noche nos sorprendiese.

— ¿Y qué ocurrirá mañana?

—Nada. Seguiremos andando y terminaremos de pasar al lado de estas asquerosas arenas. Una vez sobre suelo firme, correremos como gamos.

— ¿No enviarán ningún aparato de reconocimiento?

— ¡Que lo hagan! Es difícilísimo, amigo Tomber, vernos desde arriba en estas marismas. Fíjate que la hierba rojiza nos oculta casi por completo. Perderían el tiempo.

Tomber preguntó:

— ¿Cuándo crees que se darán cuenta de que nos hemos largado?

—Mañana por la mañana.

— ¿Y no lanzarán a los perros tras nuestra pista?

—Que lo hagan, si son tan estúpidos como para no haberse dado cuenta de que hemos atravesado la galería sin ningún percance. La pintura sigue protegiéndonos y no debemos temer nada por ese lado.

Miró a Parkin. Y sonriente, dijo:

—En cuanto a las arenas, ya has visto que tenemos un guía maravilloso. ¿No es así, amigo Peter?

Éste asintió.

Le ponía nervioso el tono dulzón de la voz de Stone, que escondía, estaba seguro, el ardiente deseo de eliminarle en cuanto terminasen de atravesar la zona, de las arenas movedizas.

Pero no estaba dispuesto a dejarse matar por aquellas granujas, cuya suerte, después de todo, le importaba un bledo, lo interesante para él era salir de allí y llegar, fuera como fuese, a Joyce City, desde donde se pondría en comunicación con Callowan, sabiendo que éste se lanzaría inmediatamente al ataque, destrozando los planes ambiciosos del director del Penal.

Por eso, con la idea de dejar que los dos bandidos se arreglasen como pudiesen, esperó a que la noche se cerrase por completo y los dos truhanes durmiesen, vencidos por la fatiga, para alejarse de allí.

Caminar de noche por aquella estrecha franja que ondulaba entre las arenas, era más que peligroso. Por otra parte, estaba cansado y tenía que hacer un esfuerzo prodigioso para mantener alerta sus sentidos, sobre todo el oído, que el doctor Sullivan le había obligado a ejercitar para aquel menester durante semanas enteras.

¡Qué ganas tenía ahora de estar de regreso a la Tierra, de volver a Washington, a la acogedora Escuela, donde los compañeros escucharían el relato de sus aventuras!

¡Y pensar que, hacía tiempo, estuvo casi al borde de abandonar su carrera, que entonces no hacía más que empezar, por una mujer!

Al recordarlo, no pudo evitar, una sonrisa, al tiempo que la imagen de aquella muchacha se le aparecía como una alucinación. Era muy linda y guardaba imborrables recuerdos de ella, Pero Susan no hubiese resultado, estaba seguro, la mujer que un hombre como él debía esperar de la vida, aunque por el momento le interesase más su Servicio.

¿Dónde estaría Susan ahora?

Seguro que se habría casado y que algún día se la tropezaría por Los Ángeles, pasando con ella unos instantes de agradable charla, recordando aquellas ilusiones de dos corazones juveniles que habían creído encontrar el verdadero camino de la vida.

Siguió andando durante toda la noche, contento de poner distancia entre él y los dos bandidos. Cuando faltaba poco para el amanecer, empezó a llover de repente. Y poco después, ya de día, al mirar en derredor suyo, Peter no vio más que marismas por todas partes, hasta el lejano horizonte.

* * *

Stone se despertó el primero.

La lluvia le había mojado el rostro, sacándole repentinamente del profundo sueño en el que estaba sumido, Se puso en pie y miró a Lewis, tendido a su lado.

Luego, con un rugido de rabia que despertó al otro sobresaltado, exclamó:

— ¡Se ha ido, Tomber! ¡Nos ha dejado!

Lewis se puso de pie de un salto, frotándose enérgicamente los ojos.

— ¿Qué dices? ¿Qué ocurre?—inquirió, envuelto aún en las brumas del sueño.

— ¡Que se ha ido, imbécil!

— ¿Quién?

— ¡Parkin! Nos ha dejado solos... debió olerse lo que pensábamos hacer con él.

— ¿Y las piedras?

Stone se palpó, encontrando la bolsa con las piedras, intacta, en su cintura.

—Lo tengo todo — dijo.

—Entonces, ¿por qué ha huido?

—Porque se dio cuenta de lo que hicimos con el profesor y pensó que haríamos lo mismo con él, en cuanto saliésemos de aquí...

— ¡Granuja!

—Ya no vale la pena gritar, Lewis: ese cerdo nos ha abandonado y vamos a sudar lo nuestro para salir de aquí.

— ¡Hay que intentarlo!

—Naturalmente que lo intentaremos. No irás a pensar que, después de lo que hemos hecho, vamos a esperar aquí, tranquilamente, a que nos cacen.

— ¡Qué lástima! Con lo bien que nos guio hasta ahora...

—Deja de lloriquear. Avanzaremos de la mano. Así, si uno de nosotros cae, el otro podrá tirar de él.

—Como quieras.

La lluvia seguía cayendo, pero para aquellos dos hombres no era cosa de perder más tiempo. Así, cogiéndose de una mano y con el pico en la otra, empezaron a andar con toda clase de precauciones, tanteando con un pie antes de apoyar el otro en el suelo.

Anduvieron así cerca de media hora. El agua seguía cayendo a ráfagas, por intervalos, empujada por un viento fuerte que venía del sur. Y fue aquel viento el que, poco más tarde, les trajo los furiosos aullidos de los perros.

Lewis se detuvo, reteniendo al otro.

— ¿Has oído, Stone?

—Sí. Han debido darse cuenta de nuestra huida y ya han lanzado esas malditas bestias tras nosotros. Por fortuna, no debemos tenerles miedo...

—Pero, Stone...

— ¿Qué quieres ahora?

Los ojos de Lewis se habían abierto, dilatados por un terror indecible.

Luego, con voz cortada por el pánico, balbució:

— ¿Es que... no te has dado cuenta... de que la lluvia se... ha

llevado la... pintura verde?

Stone contempló entonces el cuerpo de su amigo, de donde la pintura había desaparecido. Luego comprobó que igual le había sucedido a él.

— ¡Maldición! — rugió.

Los ladridos se iban acercando más y más.

Entonces el pánico se desató en Lewis que, soltándose de su amigo, echó a correr, loco de terror.

— ¡Eh! ¿Dónde vas, idiota?

Le siguió, pero con cuidado.

Un alarido se dejó oír ante él.

No tardó en ver que Tomber había caído en medio de las arenas movedizas, hundiéndose hasta la cintura. Braceaba desesperadamente, hundiéndose más y más.

— ¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí!

Stone se detuvo al borde del peligro, comprobando que estaba demasiado lejos para llegar hasta su compañero. De todos modos, pensando que mejor sería estar acompañado para luchar contra los perros, cuyos ladridos se acercaban cada vez más, estiró el brazo, dejando que una de las manos de Lewis se agarrase al pico que sujetaba entre los dedos.

Nunca había imaginado que las arenas absorbiesen con tanta fuerza un cuerpo humano. Poco a poco, sintió que el pico se iba escurriendo entre sus dedos cubiertos de sudor.

También se percató Lewis de ello, al notar que se hundía cada vez más.

— ¡Tira, Stone! ¡Tira con todas tus fuerzas!

— ¡No puedo!

— ¡Hazlo! Recuerda todo lo que he hecho por ti... ¡Maté a Tim para vengarte, amigo!

—Lo sé... pero no puedo.

Milímetro a milímetro, el mango metálico del pico iba deslizándose entre sus dedos, con una lentitud tan desesperante como la seguridad que había de que terminaría yéndose con Lewis.

— ¡Tira! ¡Tira!

Los ladridos, fuertes, inminentes, próximos, hicieron que Stone volviese la cabeza.

Y entonces, pensando que el pico era el única arma con la que podía defenderse, sintió un frío helado que le corría por la espalda.

— ¡Suelta el pico, Tomber! ¡Suéltalo! Los perros están aquí y tengo que defenderme...

— ¡No! ¡Tira un poco más! ¡No me dejes!

— ¡Suelta!

— ¡Sácame de aquí!

Stone gritó:

— ¡Suelta, maldito! ¿No te das cuenta de que van a devorarme?

— ¡Sácame de aquí, Stone! ¡Por lo que más quieras! La arena me llega ya a la barbilla.

Incapaz de sujetar el pico, Stone sintió que la herramienta se le iba.

— ¡Maldito! —rugió.

Y el otro, al saberse desesperadamente perdido, gritó:

— ¡No vivirás mucho, Stone! ¡Me has dejado morir!

— ¡Muere, canalla!

—No vivirás mu...

Hubo un remolino y la arena se llevó hacia sus entrañas movibles lo poco que asomaba aún de Lewis Tomber.

Como hipnotizado, Stone vio desaparecer también, en último lugar, el pico que sujetaba aún la mano derecha de su amigo.

Y en aquel momento, surgiendo de la capa de lluvia, un "ormok", babeante, con los ojos inyectados en sangre, saltó sobre Stone, derribándolo, justo antes de que una de las cabezas bajase, buscando con los afilados colmillos el blando cuello de su víctima.

La arena vibraba aún, en un postrer remolino.

CAPÍTULO IX



O acababa de posarse el "helirotor" que conducía Casey sobre la terraza del edificio principal del penal, cuando una silueta salió corriendo a su encuentro.

Ed vio que se trataba del director en persona.

Daniel Doherty llegó sin aliento, sofocado, respirando con visible

dificultad.

Y cuando consiguió hablar, le espetó:

— ¡Quise telefonearte, Ed! Pero ya te habías marchado... Estaba tan nervioso que no pensé en comunicarme por radio contigo.

—Pero ¿qué ha pasado, señor?

— ¡Se han escapado! Todavía no sabemos cómo, pero lo han logrado.

— ¿Quiénes?

—Los otros no importan. Lo malo es que ese agente de la SIP va con ello»,

— ¿Eh?

—Lo que oyes. Han encontrado los restos de uno de ellos que habían devorado los perros de la primera pareja de vigilancia. ¡Ojalá hubiese sido ese maldito polizonte!

— ¿Han salido en busca de los otros?

—Sí, pero te estaba esperando porque deseaba, que tomaras el mando de las operaciones de búsqueda. ¡No podemos dejar Que ese maldito se escape, Ed! ¡Tenemos que hacer algo!

—Desde luego, señor.

— ¿Comprendes lo que nos ocurriría si lograra escapar? Tardaríamos menos de un abrir y cerrar de ojos en ser detenidos por la SIP. ¡Esa serpiente de Callowan se nos echaría encima en un periquete!

—No tema. Me comunicaré por radio con los otros, pero voy a ir directamente en busca de ese hombre. ¡Le mataré!

—Ya no importa hacerlo. Cualquier cosa antes de que consiga sus propósitos.

—Así lo haré, señor. Voy a llevarme su aparato y me dirigiré directamente hacia los pantanos, revisando todas las direcciones que hayan podido tomar.

— ¡Ve, amigo mío! Ya sabrá agradecerte como merece lo que estás haciendo por mí.

—No se preocupe. Me llevo su aparato, ¿verdad?

—Sí. ¡Date prisa, por favor!

Ed saltó de nuevo a la cabina.

—No me moveré de aquí—dijo el otro—. Por lo que más quieras, comunícame el momento en que los alcances.

—De acuerdo.

Se elevó ágilmente el aparato, dirigiéndose, a la máxima

velocidad, hacia la zona rojiza de las arenas movedizas donde aquellos hombres debían huir como bestias perseguidas.

* * *

La llegada del nuevo día sorprendió a Peter en un lugar que le pareció idéntico a todos los que había atravesado en aquellas interminables horas de huida incesante.

Se dio cuenta de que la lluvia le había quitado casi por completo la pintura verde, pero en aquellos mementos su único deseo era seguir, hasta salir de aquel mundo de horror.

Llevaba el pico en la mano, pero no lo había utilizado como bastón, ya que, gracias a las enseñanzas del doctor Sullivan, podía seguir orientándose por el oído, evitando, caer en las arenas movedizas, de las que recibía el extraño mensaje que le hizo pensar, desde el principio de su huida, que parecían “hervir”.

Lo peor de todo era aquel cansancio, aquella fatiga irresistible, que hacía que los párpados le pesasen como si fuesen de plomo y que el cuerpo todo le pareciese una masa amorfa que no siguiese más que indolentemente las órdenes que le enviaba, para moverse, el cerebro excitado.

¡Tenía que conseguirlo!

Huir era un deber que debía cumplir, por encima de la fatiga y de las dificultades que se presentasen. Ahora, cuando su misión, o al menos la parte más importante de ella podía considerarse como terminada, su obligación era la de ponerse en contacto con la SIP, informando sobre los sucios y criminales manejos del director del penal.

Verdad era que no había conseguido nada respecto al otro agente, pero, sí no había muerto, cosa casi segura, podía hallarse en la mina o en la carretera y sería descubierto y liberado cuando los hombres de Donald Callowan entrasen en la danza.

Fue entonces cuando, a lo lejos, oyó los feroces ladridos de los perros bicéfalos. Aquello le demostró que ya estaban siguiendo a los fugitivos. Y por un momento, olvidando su propia situación, se preguntó qué suerte estaban corriendo Stone y Tomber en aquellos momentos.

Hubiese preferido seguir junto a ellos, pero tuvo que rendirse a la razón y llegar a la conclusión de que el hacerlo hubiese sido fatal para él: movidos por la ambición y el egoísmo, aquellos dos presidiarios hubiesen terminado por eliminarle con la misma frialdad que al profesor.

Los ladridos se oían más cerca.

Entonces fue cuando recordó que la pintura había desaparecido y ya no podía esperar nada de ella, puesto que los perros se lanzarían sobre él en cuanto llegasen donde se encontraba. Al rememorar las imágenes de la galería, cuando el preso que se empeñó en acompañarles fue atacado por las fieras de dos cabezas, Peter no pudo evitar un escalofrío, apretando el paso, corriendo casi, a pesar de la tremenda fatiga que hacía que las piernas le pesasen como si fueran de plomo.

Empuñaba el pico, diciéndose que debía defender cara su vida, aunque, lógicamente pensando, no podía esperar nada de una lucha contra los “ormoks”, en la que siempre, sin excepción, llevaría las de perder.

A medida que los ladridos y los gruñidos se hacían más cercanos, la esperanza de Parkin se iba fundiendo. Comprendía que todo iba a acabarse y que de nada le iba a servir lo que había hecho hasta aquel fatídico momento. En cuanto los perros le alcanzasen, tendría que detenerse, hacerles frente... y luchar hasta que uno de ellos lograrse clavar sus afilados colmillos en su cuerpo, terminando con su vida.

Corría, casi sin hacer caso de las preciosas informaciones que le procuraba su adiestrado oído. Entre los dos peligros, el de las arenas movedizas le parecía el menor, tal era el terror que sentía hacia las bestias de dos cabezas.

Cuando, de repente, sin dejar de correr, descubrió la línea negra de rocas, a menos de veinte metros de donde se encontraba, mordióse los labios hasta hacerse sangre. ¡Justamente, cuando llegaba al final del desierto, los perros se acercaban ya de una manera incesante!

De todas formas, prefería luchar contra ellos en tierra firme. Y por eso, sacando fuerzas de flaqueza, aumentó al máximo su velocidad, ansiando llegar a las rocas.

Pero, en aquel preciso instante, dos colosales “ormoks” surgieron tras él, de las altas hierbas que cubrían las marismas, lanzándose con espantosos ladridos sobre su presa.

Peter se volvió.

El aspecto de las fieras era estremecedor. Su doble boca dejaba caer una baba espesa y su respiración era silbante. De sus ojos, Inyectados en sangre, no salía ninguna luz de piedad.

Con el pico en la mano, Parkin empezó a hacer molinetes rápidos, evitando así, por el momento, que los perros se lanzasen directamente sobre él.

Los animales, por su parte, parecían no tener prisa alguna y poseer la seguridad completa de que su presa no podría escapar.

Iban lanzándose hacia adelante, con saltos rápidos, obligando al hombre a que retrocediese para evitar que las bocas repletas de dientes agudos se aferrasen al pico.

Dando pasos cortos hacia atrás, Parkin había perdido ya toda esperanza.

Hasta deseaba, tan harto estaba, que todo aquello acabase cuanto antes. Pero nunca debió olvidar el otro peligro.

Por eso, cuando sus tacones tropezaron con una masa blanda, que le hizo perder el equilibrio, haciéndole caer hacia atrás, una oleada de indecible terror anudó su pecho.

— ¡¡No!! — bramó aterrado.

Había caído de lleno en las arenas movedizas y no tardó ni tres segundos en hundirse hasta la cintura.

Los dos perros le contemplaban en silencio.

Loco de horror, Peter hizo lo que no debía hacerse nunca: intentar salir. Pero, si comprender que el menor, movimiento no le serviría más que para hundirse más, quedose inmóvil, notando con angustia que la inmovilidad no iba a servirle de nada.

La arena le llegaba ya al pecho.

También la rabia le invadió por haber fracasado de aquella estúpida manera cuando ya alcanzaba la zona de rocas.

No tenía miedo y se sentía cansado, terriblemente fatigado, sin ganas de pensar en nada.

Le pareció oír un rumor apagado sobre su cabeza; pero, temiendo moverla, lo que provocaría un hundimiento más rápido, de lo poco de su cuerpo que quedaba emergido, no se movió, alejando toda esperanza de su mente, sabiéndose definitivamente perdido.

Entornando los ojos, intentó medir su avance hacia el interior de las arenas movedizas, como si se considerase capaz de percibir el tenue frote de su cuerpo contra la masa pastosa en la que iba hundiéndose poco a poco.

Pero no consiguió nada

El rumor, cada vez más próximo, no influyó en absoluto en sus ideas, que parecían exclusivamente ancladas en su propio final, como si nada más pudiera importarle ya.

Y aquel rumor, ahora mucho más fuerte, seguía sin interesarle.

Hubo una especie de oleaje a su alrededor, como si algo hubiera cedido en el fondo de la marisma. Y se hundió más: hasta el mentón, con los brazos fuera, esforzándose en conservarlos así, como si aquello tuviera que prolongar su vida.

Pero sin esperanza.

Por primera vez la arena húmeda le rozó los labios, dejando en ellos una huella de algo desagradable, movedizo, viscoso.

“Pronto tendré necesidad de respirar — pensó — y no entrará en mi boca más que esa repugnante arena, en vez del oxígeno que necesitaría... Espero que el final no dure demasiado...”

El ruido, procedente del cielo, se hizo tan intenso entonces que Peter no tuvo más remedio que levantar un poco la cabeza, ligeramente, justo para poder ver la masa del helicóptero que le sobrevolaba en aquellos instantes.

Su corazón se puso a latir con una fuerza tremenda.

Y, de repente, una voz conocida, amplificadas un centenar de veces, llegó hasta él.

— ¡No se mueva, muchacho! ¡Vamos a lanzar un cable!

¡¡La voz de Donald Calloway!!

Era como si la noche tenebrosa que le rodeaba se hubiera desgarrado, llenándose de luz y de esperanza.

Momentos más tarde, un cable caía sobre él. Sus dedos lo ataron con increíble fuerza. Y mientras era izado, pudo oír los disparos procedentes del helicóptero y vio como caían los feroces perros bicéfalos, que se habían levantado sobre sus cuartos traseros, intentando, desde el borde de la charca, desgarrar la presa que se les escapaba de forma tan inesperada.

EPÍLOGO

Donald Calloway encendió uno de sus famosos habanos, mirando después a Peter, que estaba sentado frente a él, al otro lado de la mesa de despacho.

—Mañana empezará el juicio—dijo—. ¿Piensas asistir?

—Desde luego, señor.

Donald esbozó una sonrisa nada convincente. Luego dijo:

—Ha sido una lástima que no supiésemos antes que Harold, el agente que envié primero, había muerto a manos de los guardianes, al

intentar escapar como tú. De haberlo sabido, hubiésemos puesto en marcha el Servicio de Ejecuciones.

Parkin no dijo nada.

Pero después de una pausa inquirió:

— ¿Se ha aclarado ya todo, señor? — inquirió.

—Sí. La ambición movió todos los resortes. Lo que ocurrió fue algo así como cuando un plato de miel aparece ante un grupo de ávidas moscas. Todos se lanzaron sobre los terrenos que contenían las gemas. E, incapaces de contentarse con la parte que les correspondía, lucharon en la sombra, arteramente, los unos contra los otros: los socios de la ciudad contra el director de la prisión, éste contra aquéllos y la diabólica muchacha contra todos.

— ¿Cómo se han descubierto las identidades de los culpables de la ciudad?

—Ha sido una verdadera casualidad. Cuando Ed Casey fue detenido, se mostró un poco reacio, pero nuestros muchachos le “convencieron” rápidamente.

— ¿Y qué?

—Que confesó. Sin él no hubiésemos conseguido descubrir a los socios de la ciudad, todos ellos personajes de primera fila... entre ellos el alcalde y el gobernador.

— ¡Caramba!

—Sí, amigo mío. Ed estuvo en una reunión, en la ciudad. Como todos esos granujas, imaginaba poder sacar mayor partido si conocía la identidad de los misteriosos socios de la ciudad. Sabía que éstos iban a recibirle en la oscuridad y que le venderían los ojos.

”Así lo hicieron, pero de una forma original y segura: colocándole un casco de astronauta, con la parte delantera completamente opaca, como el resto.

— ¿Y los otros?

—Estaban también en una oscuridad completa, ya que no se conocían entre sí.

— ¿Entonces?

—Ed era un tipo muy listo y se había colocado, en el nudo de la corbata, una pequeña cámara cinematográfica que funcionaba con rayos infrarrojos. Durante la reunión procuró moverse de un lado a otro, sin dejar por eso de estar sentado. Y cuando más tarde se reveló el microfilm pudimos descubrir a los personajes que habían luchado tanto por mantener su anonimato.

— ¡Estupendo!

—Es eso lo que nos ha hecho completar la redada hasta su esclarecimiento.

— ¿Pedirá la pena de muerte el fiscal?

— ¡Desde luego! Ha caído uno de los nuestros y ya conoces la sentencia en este caso.

—Si...

Hubo una larga pausa.

Luego, decidiéndose, Peter dijo:

—Deseaba decirle algo, señor.

Callowan le miró a través de la barrera de humo que salía de su veguero. Y sonriendo dijo:

—Lo sé, muchacho.

El joven enrojeció.

Y Donald, sin dejar de sonreír, añadió:

—Me enteré de que alguien te había visitado con frecuencia, mientras estuviste reponiéndote en el hospital de la ciudad, en Marte. Hasta la encontré, una vez, cuando fui a verte, antes de que regresásemos a la Tierra.

—Pero...

—No tiene importancia, amigo. Y es completamente natural. ¡Ojalá el otro agente, el que ha sido vilmente asesinado por esos canallas, estuviese aquí ahora, pidiéndome lo que tú deseas pedirme! Prefiero mil veces una baja por matrimonio que una por muerte...

Peter guardó silencio.

Y tras una pausa, cuando la expresión de tristeza se borró, casi por completo, de la faz del jefe de la SIP, volviendo a entreabrir los labios con una, sonrisa, Parkin preguntó:

—Entonces ¿me lo permite, señor?

— ¡Naturalmente! Además Martha es una muchacha encantadora. Me dijo que había ido a verte al saber que descubriste en aquel pozo a su familia, a la que creía definitivamente desaparecida.

—Se han trasladado a la Tierra, señor. Han encontrado un nuevo empleo aquí, en Estados Unidos, para el padre.

Callowan no dijo nada.

Porque había sido él quien solicitó del Consejo Mundial el traslado y un nuevo puesto para el atribulado Harry Morgan.

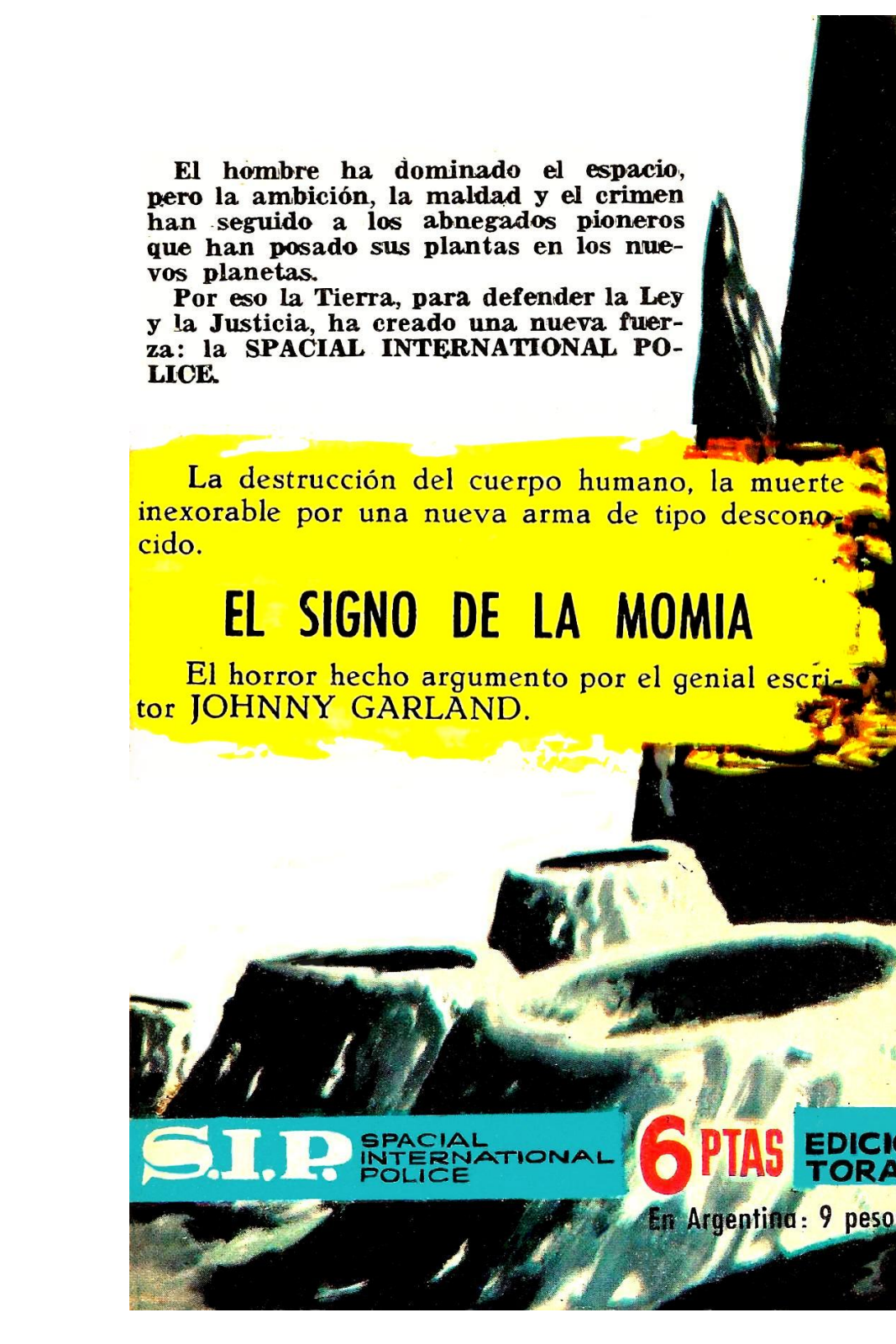
Ahora todo estaba arreglado.

Por eso, levantándose, estrechó cordialmente la mano del agente.

Y con palabras sinceras le deseó:

— ¡Que seas muy feliz, muchacho! Y si alguna vez necesitas a la vieja SIP para algo, ya sabes, mejor que nadie, dónde encontrarla.





El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

La destrucción del cuerpo humano, la muerte inexorable por una nueva arma de tipo desconocido.

EL SIGNO DE LA MOMIA

El horror hecho argumento por el genial escritor JOHNNY GARLAND.

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICIÓN
TORA

En Argentina: 9 pesos

Notes

[←1]

Diminutivo de Susan.

[←2]

Cuando un agente de la SIP es asesinado, Donald Callowan no se preocupa ya por capturar a los culpables para entregarlos a los tribunales: se limita a poner en marcha el Servicio de Ejecuciones. Dos hombres, el frío e implacable Dik Doe y el portugués de los cuchillos, Cario Daveira. ¡Si ha leído ya alguna de sus aventuras, sabrá que nadie puede escapar a la justicia de esos dos hombres!